Madre Tierra
ISAAC ASIMOV



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Pero... ¿Está completamente seguro? ¿Está seguro de que siempre es posible distinguir entre la victoria y la derrota aunque uno sea historiador profesional?

Gustav Stein -el hombre que acababa de desahogarse haciendo esa pregunta en tono burlón y acompañándola con una amplia sonrisa debajo del bigote gris del que acababa de apartar un vaso vacío-, no era historiador.

Pero su interlocutor sí lo era, y aceptó la amable pulla con otra sonrisa.

Para estar en la Tierra el apartamento de Stein era realmente de lujo. Le faltaba la vacía intimidad de los Mundos Exteriores, naturalmente, puesto que delante de su ventana se extendía un fenómeno que sólo se daba en el planeta donde había nacido: una ciudad tan enorme que acababa perdiéndose en la lejanía, una metrópolis inmensa repleta de seres humanos que se rozaban los unos con los otros y cuyos sudores se mezclaban continuamente...

El apartamento tampoco poseía una central de energía independiente o un suministro particular de artículos de primera necesidad, e incluso carecía del cupo más elemental de robots positrónicos. En resumen, le faltaba la dignidad de bastarse a sí mismo y, como la mayoría de las cosas de la Tierra, formaba parte de una comunidad: era una unidad que dependía de un grupo, un diminuto componente de una turba.

Pero Stein era terrestre de nacimiento, y estaba acostumbrado a ello. Además, al fin y al cabo, según los niveles de la Tierra el apartamento seguía siendo de lujo.

Pero si se contemplaba el exterior por las mismas ventanas ante las que se extendía la ciudad era posible ver las estrellas y, entre ellas, los Mundos Exteriores, esos planetas en los que no había ciudades sino únicamente jardines donde las extensiones de césped eran franjas de color verde esmeralda, donde todos los seres humanos eran reyes, el paraíso al que todos los terrestres buenos esperaban ir algún día con una fe tan firme como vana.

Exceptuando algunos que tenían una idea más exacta de la realidad..., como Gustav Stein.

Las tardes de los viernes de Edward Field pertenecían a esa clase de ritual que se entroniza con la edad y la vida sosegada; un ritual que dividía la semana de una forma que dos solterones encontraban muy agradable proporcionándoles una excusa inocente para disfrutar del jerez y las estrellas y que les apartaba de los aspectos desagradables de la vida y, sobre todo, les permitía hablar.

Field -conferenciante, erudito y hombre de escasos medios-, lo aprovechaba para recitar capítulos enteros de su todavía incompleta Historia del Imperio Terrestre.

-Espero el último acto -acababa de explicar-. Entonces le cambiaré el título por el de Ocaso y caída del Imperio, y la publicaré.

-En tal caso debes de creer que el último acto llegará pronto, ¿no?

-En cierto sentido se podría decir que ya ha llegado. Lo que ocurre es que prefiero esperar a que todos lo admitan. Escucha, escéptico: cuando un imperio, un sistema económico o una institución social entran en decadencia siempre hay tres momentos o tiempos diferenciados.

Field hizo una pausa un poco melodramática, y aguardó pacientemente a que Stein hiciera la pregunta inevitable.

-¿Cuáles son esos tres tiempos? -preguntó por fin Stein.

-Primero llega el momento en el que aparece un pequeño nudo que señala el camino inexorable que llevará al final -dijo Field alzando el índice de la mano derecha-. No es percibido por nadie, y no se lo reconoce como tal hasta que ha llegado el final, y ese momento es el que se hace visible para quien examine el pasado.

-¿Y puedes decirme cuál es ese pequeño nudo del que hablas?

-Creo que sí, pues ya cuento con la ventaja que me da siglo y medio de visión retrospectiva. Llegó cuando Aurora, la colonia del Sector de Sirio, obtuvo permiso del gobierno central de la Tierra para introducir los robots positrónicos en su sociedad. Evidentemente si vuelves la vista hacia aquel momento comprendes que eso abrió el camino a una sociedad totalmente mecanizada basada en el trabajo de los robots y no en el de los seres humanos; y es esa mecanización la que ha sido y seguirá siendo el factor decisivo en la lucha entre los Mundos Exteriores y la Tierra.

-¿De veras? -murmuró su interlocutor-. Ah, qué diabólicamente inteligentes sois los historiadores... ¿Cuál fue el segundo momento y cuándo llegó?

-El segundo momento llega cuando los ojos del experto captan una señal tan grande y clara que se puede distinguir sin la ayuda de la perspectiva -dijo Field doblando lentamente el dedo medio-; y este momento también hay que buscarlo en el pasado. Se dio cuando los Mundos Exteriores establecieron por primera vez un cupo de inmigración para los terrestres. El hecho de que la Tierra fuese incapaz de impedir una acción tan claramente perjudicial para ella fue una llamada de atención que todos pudieron oír, y eso tuvo lugar hace cincuenta años.

-Esto se pone muy interesante. ¿Y el tercer momento?

-¿El tercer momento? -Le tocó el turno al dedo anular de Field-. Es el menos importante: se da cuando el mensaje se convierte en un muro sobre el que está garabateada la palabra FIN escrita con letras enormes. Entonces lo único que se necesita para darse cuenta de que ha llegado el final no es perspectiva o ser experto en historia, sino sencillamente la capacidad de ver y escuchar un libro-película y entenderlo.

-Supongo que el tercer momento aún no ha llegado, ¿verdad?

-No. Si hubiera llegado no tendrías que hacerme esa pregunta... Pero puede llegar muy pronto, por ejemplo si estalla una guerra.

-¿Y crees que estallará?

Field no quiso comprometerse.

-Vivimos en una época de inseguridad generalizada, y el problema de la inmigración ha provocado que una oleada de sentimentalismo inútil se extendiera por todo nuestro planeta. Si estallara una guerra la Tierra no tardaría en sufrir una derrota tan rápida como total, y el muro se alzaría ante nosotros.

-¿Estás seguro? ¿Estás completamente seguro de que siempre es posible distinguir entre la victoria y la derrota..., aunque seas un historiador profesional?

Field sonrió.

-Es posible que sepas algo que yo no sé -dijo, y sonrió-. Por ejemplo... Últimamente se está hablando mucho de algo llamado «Proyecto Pacífico», ¿no?

-No había oído hablar nunca de él. -Stein volvió a llenar los dos vasos-. Cambiemos de tema.

Alzó el vaso hacia el ventanal en un brindis que hizo que las lejanas estrellas se reflejaran con un tembloroso fulgor rosado en el líquido transparente que contenía.

-Porque todos los problemas de la Tierra acaben resolviéndose.

Field alzó su vaso.

-Por el Proyecto Pacífico.

Stein tomó un sorbo de líquido.

-Estamos brindando por dos cosas distintas -dijo.

-¿De veras?

Explicar a un terrestre cómo son los Mundos Exteriores resulta muy difícil porque cualquier intento de hacerlo exige describir no tanto un mundo como un estado mental. Los Mundos Exteriores -unos cincuenta planetas que empezaron siendo colonias, luego se convirtieron en dominios y acabaron transformándose en naciones-, difieren muchísimo unos de otros en un sentido físico; pero la mentalidad de sus habitantes es la misma en todos ellos.

Ese fenómeno se origina en el hecho de que, en principio, el planeta en cuestión no era adecuado para el género humano y de que pese a ello terminó siendo habitado por la flor y nata de la humanidad: los osados, los inadaptados, los que no encajaban en la Tierra y los que decidieron abandonarla.

Para expresarlo con una sola palabra, los Mundos Exteriores son el universo de la individualidad.

Tomemos como ejemplo Aurora, que se encuentra a tres parsecs de la Tierra. Fue el primer planeta colonizado fuera del sistema solar, y se le puso ese nombre porque representó el alba de los viajes interestelares.

El planeta tenía aire y agua, pero según las pautas a las que estaba acostumbrada la humanidad era un mundo rocoso y estéril. La vida vegetal de Aurora estaba alimentada por un pigmento verde amarillento sin ninguna relación con la clorofila que no poseía la eficacia de ésta, y daba a las regiones relativamente fértiles

un aspecto bilioso decididamente desagradable para los ojos no acostumbrados a él. No existía ninguna clase de vida animal que hubiera superado la fase unicelular y la correspondiente a las bacterias; y, naturalmente, tampoco había nada peligroso puesto que la química del sistema biológico de Aurora no tenía nada que ver con la de la Tierra.

Aurora se fue convirtiendo poco a poco en una especie de mosaico en el que había esparcidas pequeñas parcelas de vegetación terrestre. Primero llegaron los cereales y los árboles frutales; después los arbustos, las flores y las hierbas, y luego los rebaños de ganado... y después, como si los colonizadores quisieran evitar el acabar obteniendo una copia demasiado fiel de su planeta natal, también llegaron los robots positrónicos que construyeron edificios, cultivaron los campos y crearon las unidades de energia y, en resumen, se encargaron de la ingente labor de convertir Aurora en un planeta verde y de aspecto humano.

El planeta ofreció a los colonos todo un tesoro sin precedentes, nada menos que un mundo nuevo y con unos recursos minerales ilimitados. Había un exceso casi incalculable de energía atómica distribuida en nueve centrales que se encontraba a la disposición de sólo miles o, como máximo, millones de seres a los que servir en vez de miles de millones. La disponibilidad de mundos en los que había espacio para cultivarla hizo que se produjera un inmenso florecimiento de la ciencia física.

Tomemos como ejemplo el hogar de Franklin Maynard, quien vivía en compañía de su esposa, sus tres hijos y veintisiete robots en una finca que distaba más de sesenta y cinco kilómetros de la propiedad de su vecino más cercano; pero que si lo deseaba podía compartir la sala de estar de cualquiera de los setenta y cinco millones de habitantes de Aurora mediante la onda comunitaria. Si le venía en gana Maynard podía relacionarse con cada uno en particular y con todos simultáneamente.

Maynard conocía su valle centímetro a centímetro. Sabía dónde terminaba bruscamente para ser sustituido por despeñaderos inhóspitos a cuyas indeseables pendientes se aferraban las hojas angulosas y afiladas de la aliaga indígena, una planta de apariencia vagamente amenazadora que parecía odiar a la materia más delicada que le había usurpado su lugar bajo el sol.

Maynard no tenía que salir de aquel valle para nada. Era dipu tado de la Reunión y miembro del Comité de Agentes Extranjeros, pero salvo los más delicados podía resolver todos los asuntos mediante la onda comunitaria sin tener que sacrificar ni tan siquiera un instante de aquella preciosa intimidad que disfrutaba de una forma que ningún terrestre podría comprender jamás.

Hasta el asunto actual podía ser tratado y resuelto mediante la onda comunitaria. Por ejemplo, el hombre que parecía estar sentado en su sala de estar y que se llamaba Charles Hijkman no se encontraba allí, sino en su propia sala de estar en una isla de un lago artificial poblado por más de cincuenta variedades de peces que estaba a más de cuarenta kilómetros de allí.

La proximidad era una ilusión, naturalmente. Si hubiera querido estirar un brazo Maynard habría podido tocar la pared invisible.

Hasta los robots estaban acostumbrados a aquella paradoja, y cuando Hijkman alzó una mano para coger un cigarrillo el robot de Maynard no hizo ningún movimiento para satisfacer su deseo, aunque hubo de transcurrir medio minuto antes de que el robot de Hijkman pudiera atenderle.

Los dos hombres conversaban como los habitantes de los Mundos Exteriores que eran; es decir, en un tono seco y con sílabas demasiado breves para que pudieran tener una inflexión amable, aunque tampoco sonaban hostiles. Les faltaba algo indefinible, aquella crema de la sociabilidad humana que por muy agria y escasa que pudiera ser en algunas ocasiones siempre estaba presente en las conversaciones de los habitantes de los hormigueros de la Tierra a los que era inculcada desde su nacimiento.

-Hace tiempo que quería establecer una comunicación particular con usted, Hijkman -acababa de decir Maynard-. Mis deberes en la Reunión de este año...

Hijkman no le dejó terminar.

-Perfecto, le he comprendido. Puede empezar a hablar en cuanto lo desee, naturalmente. En realidad me interesa más aún porque me han dicho que tanto sus tierras como sus paisajes son de una calidad superior. ¿Es cierto que alimenta al ganado con hierba importada?

-Me temo que se trata de una pequeña exageración. La verdad es que algunas de mis mejores vacas lecheras son alimentadas con importaciones de la Tierra durante la época del parto, pero por desgracia alimentarlas de esa forma en todo momento resultaría

prohibitivamente caro. Aun así, producen una leche de una calidad realmente extraordinaria. ¿Puedo tomarme la libertad de enviarle la producción de un día?

-Sería extremadamente amable por su parte. -Hijkinan inclinó la cabeza sin abandonar su expresión de seriedad-. Tendrá que aceptar algunos de mis salmones a cambio.

Un observador nacido en la Tierra habría opinado que los dos hombres eran muy parecidos. Ambos eran altos aunque no excesivamente para Aurora, donde la talla normal de un hombre adulto es de un metro ochenta y cinco. Los dos eran rubios y musculosos, y tenían los rasgos muy marcados. Ambos habían superado los cuarenta años, pero todavía llevaban sus respectivas edades con elegancia.

Aquello había sido el preámbulo. Cuando siguió hablando Maynard no cambió el tono, pero pasó a ocuparse del auténtico motivo de su llamada.

-Ya sabe que en la actualidad el Comité se ocupa preferentemente de Moreanu y sus conservadores -dijo-. Los independientes querríamos tratarlos de una forma más dura, pero me gustaría formularle unas preguntas antes de tomar por ese camino y actuar con la calma y la seguridad necesarias.

-¿Y por qué precisamente a mí?

-Porque usted es el físico más eminente de Aurora.

La modestia es una actitud antinatural, y cuesta muchísimo inculcársela a los niños. En una sociedad individualista es una virtud inútil, y Hijkman estaba libre de aquel lastre innecesario; por lo que se limitó a inclinar la cabeza asintiendo con toda objetividad a las últimas palabras de Maynard.

-Y porque es uno de los nuestros -siguió diciendo éste-. Usted es independiente.

-Estoy afiliado al partido. Pago mis cuotas, pero mi actividad dentro de él es bastante reducida.

-A pesar de eso es un hombre en el que se puede confiar. Bien... ¿Ha oído hablar del Proyecto Pacífico?

-¿El Proyecto Pacífico?

El matiz interrogativo que había en la voz de Hijkman no podía ser más delicado.

-Es algo que está ocurriendo en la Tierra. Pacífico es el nombre de un océano de la Tierra, pero es muy probable que el nombre en sí no signifique nada.

-No tenía ni idea de que existiera ese proyecto.

-No me extraña. Incluso en la misma Tierra son muy pocos los que saben algo sobre él. Ah, por cierto... Esta comunicación se lleva a cabo mediante un haz protegido, y no debe divulgar nada de cuanto digamos mientras dure.

-Comprendo.

-Sea lo que sea ese Proyecto Pacífico, y nuestros agentes se muestran extremadamente vagos al respecto, debemos suponer que representa una amenaza. Muchas de las personas que en la Tierra pasan por científicos parecen estar relacionadas con él, y también lo están muchos de los políticos más radicales y alocados del planeta.

-Humnímin... Hace mucho tiempo existió algo a lo que llamaron Proyecto Manhattan.

-Sí -le animó Maynard-. ¿Qué sabe de él?

-Bah, es algo del pasado... Me ha venido a la memoria únicamente porque también le llamaron «proyecto». El Proyecto Manhattan data de antes de los viajes fuera del sistema solar. Hubo una guerra insignificante en la Edad Oscura, y es el nombre que dieron a un grupo de científicos que desarrollaron la energía nuclear.

-¡Ah! -La mano de Maynard se cerró convirtiéndose en un puño-. Entonces... ¿Qué cree que puede salir del Proyecto Pacífico?

Hijkman meditó en silencio durante unos momentos.

-¿Cree que los terrestres planean iniciar una guerra? -preguntó por fin en voz baja.

Los rasgos de Maynard se fruncieron en una repentina expresión de disgusto.

-Seis mil millones de personas o, mejor dicho, seis mil millones de cuasi-simios acumulados en un solo sistema a punto de estallar enfrentándose con nosotros, que sólo somos unos cuantos millones... ¿No le parece una situación bastante peligrosa?

-¡Bah, los números ... !

-De acuerdo. ¿Estamos a salvo a pesar de lo que dicen los números? Dígamelo. Yo no soy más que un político, pero usted es físico. ¿Cree que la Tierra tiene alguna posibilidad de ganar en una guerra contra nosotros?

Hijkman permaneció totalmente inmóvil durante unos momentos. y reflexionó con expresión solemne sobre lo que Maynard acababa de preguntarle.

-Seamos lo más racionales posible -dijo por fin-. Hay tres clases de métodos mediante los que un individuo o un grupo de individuos puede lograr sus objetivos cuando se enfrenta a cierta oposición. Por orden de menor a mayor sutileza, podrían denominarse físico, biológico y psicológico.

»En cuanto al método físico, creo que podemos eliminarlo de entrada. La Tierra no posee una base industrial, no cuenta con la técnica necesaria y sus recursos son muy limitados. En la actualidad no tienen ni un solo físico de gran talla, de modo que es absolutamente imposible que los terrestres puedan dar con ningún recurso físico-químico que no sea conocido por los habitantes de los Mundos Exteriores.... siempre que la formulación del problema implique un enfrentamiento de la Tierra con uno de los Mundos Exteriores o con todos ellos, naturalmente. Doy por descontado que ningún Mundo Exterior sería capaz de aliarse con la Tierra para atacar a los demás.

-Por supuesto que no. Eso es totalmente impensable... Ya puede quitarse esa idea de la cabeza.

-En tal caso no se puede concebir ningún empleo por sorpresa de armas físicas corrientes, y seguir discutiendo este punto no serviría de nada.

- Bien, en tal caso... ¿Qué opina de su segundo método, el biológico?

Hijkman fue enarcando las cejas lentamente.

-Verá, aquí las cosas ya no están tan claras... Me han comentado que la Tierra cuenta con algunos biólogos muy competentes. Yo soy físico y no biólogo, naturalmente, y no estoy en condiciones de juzgar por mí mismo, pero de todos modos creo que han logrado hacer avances considerables en algunas facetas de esa ciencia. En la agricultura, por supuesto, para citar sólo el primer ejemplo que viene a la mente; y en bacteriología. Hummm...

-Sí, ¿qué sucedería en una guerra bacteriológica?

-¡Es una idea interesante! Aunque... No, no, es totalmente inconcebible. Un mundo con tantos habitantes como la Tierra no puede permitirse el lujo de utilizar los gérmenes para enfrentarse

a un conjunto de cincuenta planetas dispersos. Los terrestres estarían muchísimo más expuestos a una réplica de la misma clase..., es decir, a las epidemias. En realidad yo diría que dadas las condiciones de vida de que disfrutamos en Aurora y en el resto de los Mundos Exteriores ninguna enfermedad infecciosa podría llegar a causar problemas excesivamente serios. No, Maynard... Puede consultar con un bacteriólogo, pero le dirá lo mismo que yo.

-¿Y el tercer método? -preguntó Maynard.

-¿El psicológico? Bueno, entonces empezamos a movernos en un terreno totalmente impredecible... Pero los Mundos Exteriores son comunidades formadas por seres humanos inteligentes y racionales que no pueden ser manipuladas mediante la propaganda corriente ni por ninguna apelación a la irracionalidad emocional. Veamos, me estaba preguntando...

-¿Qué?

-¿Y si el Proyecto Pacífico fuera precisamente eso? Quiero decir que... ¿Y si no fuera más que un enorme montaje para ponernos nerviosos y conseguir que nos preocupáramos sin fundamento? Un proyecto ultrasecreto del que se filtran unos cuantos datos en el momento más adecuado y como por casualidad a fin de que los Mundos Exteriores cedan un poco ante la Tierra, simplemente como medida de precaución...

Hubo un silencio bastante prolongado.

-¡Imposible! -estalló por fin Maynard en tono colérico.

-Acaba de reaccionar justo como pretenderían que lo hiciera si mi hipótesis fuese cierta. No está muy seguro, ¿eh? Pero tampoco quiero insistir en ello. No era más que una idea.

Hubo un silencio aún más prolongado que el anterior que acabó siendo roto por Hijkman.

-¿Quiere hacerme alguna pregunta más?

Maynard salió de su ensimismamiento con un visible sobresalto.

-No.... no...

La comunicación se cortó, y una pared se materializó de la nada allí donde un momento antes se veía espacio libre.

Franklin Maynard estaba meneando lentamente la cabeza con una mueca de terca incredulidad en el rostro.

Mientras subía la escalera Ernest Keilin sentía un profundo amor hacia los siglos pasados. Estaba en un edificio muy antiguo e impregnado de historia. En otros tiempos había albergado al Parlamento del Hombre, y de él habían salido palabras cuyos ecos retumbaron por entre las estrellas.

El edificio era muy alto. Se alzaba y se extendía elevándose hacia las estrellas..., hacia unas estrellas que se habían alejado de él.

Ya no albergaba al Parlamento de la Tierra, que había sido trasladado a un edificio más moderno de estilo neoclásico que imitaba de forma muy imperfecta los rasgos arquitectónicos propios de la antigua Era Preatómica.

Pero el viejo edificio conservaba el nombre altisonante con el que había sido conocido en el pasado. Oficialmente seguía siendo la Casa de las Estrellas, aunque en la actualidad sólo daba cobijo a los funcionarios de una burocracia bastante reducida en número.

Keilin se bajó en el duodécimo piso y el ascensor descendió rápidamente a su espalda. El rótulo luminoso anunciaba que había llegado a la Oficina de Información. Keilin entregó una carta a la recepcionista, y esperó. Pasado un rato cruzó el umbral de la puerta sobre la que estaba escrito «L. Z. Cellioni - Secretario de Información».

Cellioni era un hombre bajo y moreno. Tenía una abundante cabellera negra, y lucía un delgado bigotito del mismo color. Cuando sonreía mostraba una dentadura perfecta de una asombrosa blancura, por lo que solía sonreír muy a menudo.

Cuando se levantó y le alargó la mano estaba sonriendo. Keilin la estrechó, y aceptó primero una silla y después un puro.

-Me alegra mucho verle, señor Keilin -dijo Cellioni-. Le agradezco que haya tenido la amabilidad de coger el avión en Nueva York para venir al poco rato de haberle avisado.

Las comisuras de los labios de Keilin se inclinaron hacia abajo, y movió una mano como para quitar importancia a lo que había hecho.

-Y ahora creo que le gustaría que le explicara el motivo de la llamada, ¿no? -siguió diciendo Cellioni.

-Bueno, le aseguro que cualquier explicación que me dé será bien recibida por mi parte -respondió Keilin.

-Por desgracia no sé muy bien cómo hacerlo... Ser Secretario de Información me coloca en una situación bastante difícil. Debo proteger la seguridad y el bienestar de la Tierra y, al mismo tiempo, respetar nuestra tradicional libertad de prensa. Naturalmente y por suerte no estamos sometidos a los dictados de ninguna censura, pero también es natural que haya algunos momentos en los que uno desearía que existiese...

-¿Y todo eso va por mí? -preguntó Keilin-. Lo de la censura, quiero decir...

Cellioni no respondió directamente. Lo que hizo fue volver a sonreír, pero la sonrisa tardó un poco en formarse y cuando lo hizo estaba totalmente desprovista de jovialidad.

-Señor Keilin, su programa es uno de los preferidos del público y de los que tienen mayor influencia sobre él, y eso hace que el gobierno sienta un interés especial por usted.

-El tiempo de antena es mío -replicó Keilin con cierto malhumor-. Lo pago, ¿sabe? También pago impuestos sobre todos los beneficios que me reporta el programa. Obedezco todas las

disposiciones sobre temas prohibidos vigentes en la actualidad, y no entiendo qué interés puede sentir el gobierno por mí.

-Oh, me ha interpretado mal. Supongo que ha sido culpa mía por no haberme expresado con la suficiente claridad... No ha cometido ningún delito y no ha infringido ninguna ley, y le aseguro que sus dotes de periodista merecen toda mi admiración. No, me refería a la actitud que adopta como comentarista en ciertas ocasiones...

-¿Con respecto a qué?

-Con respecto a nuestra política acerca de los Mundos Exteriores -dijo Cellioni con repentina aspereza frunciendo sus delgados labios.

-Señor secretario, mi actitud como comentarista representa lo que siento y creo.

-Lo admito. Tiene derecho a sus opiniones y convicciones, por supuesto, pero propagar ciertos sentimientos y creencias casi todas las noches ante un público de cincuenta millones de personas puede resultar poco juicioso.

-Según usted quizá sea poco juicioso, pero todo el mundo opina que es legal.

-A veces hay que anteponer el bien del país a una interpretación estricta y egoísta de la legalidad.

Keilin golpeó el suelo dos veces con un pie y frunció el ceño adoptando una expresión sombría.

-Oiga, hable claro -dijo-. ¿Qué quiere de mí?

Cellioni extendió las manos hacia delante.

-Para decirlo con una sola palabra... ¡Cooperación! señor Keilin, no podemos permitir que debilite la voluntad del pueblo. ¿Se da cuenta de cuál es la situación de la Tierra? ¡Seis mil millones de habitantes y una reserva de víveres en continuo descenso! ¡Es insoportable! La única solución consiste en emigrar. Ningún terrestre mínimamente patriota puede pasar por alto que nuestra postura es tan lógica como justa. Sea de donde sea ningún ser humano razonable puede pasar por alto cuán justa es...

-Estoy de acuerdo con su premisa de que el problema de la población es muy grave -dijo Keilin-, pero la emigración no es la única forma de solucionarlo. De hecho, la emigración es la forma más segura de precipitar el desastre.

-¿De veras? ¿Por qué dice eso?

-Porque los Mundos Exteriores no aceptarán emigrantes, y ustedes sólo pueden obligarlos a que los acepten mediante la guerra. Pero no podemos ganar una guerra con los Mundos Exteriores.

-Oiga, ¿ha intentado emigrar alguna vez? -replicó Cellioni con afabilidad-. Creo que reúne las condiciones necesarias. Es bastante alto, tiene el cabello lo suficientemente rubio, es inteligente...

Keilin se sonrojó.

-Padezco fiebre del heno -dijo secamente.

-Bien -dijo Cellioni, y sonrió-, en tal caso ha de tener muy buenos motivos para estar en desacuerdo con la política genética racista de los Mundos Exteriores.

-No me dejaré influir por motivos personales -replicó Keilin acaloradamente-. Seguiría censurando la política de los Mundos Exteriores aunque poseyera todas las cualidades que se le exigen a un emigrante, pero mi censura no cambiaría nada. Los Mundos Exteriores dictan la política y pueden imponerla, y aparte de eso es una política que no carece de ciertas justificaciones a pesar de que esté equivocada. La humanidad está volviendo la mirada hacia los Mundos Exteriores, y a los que llegaron allí primero les gustaría eliminar ciertos defectos del mecanismo humano que el tiempo ha puesto claramente de manifiesto. Genéticamente hablando un ser humano que sufra fiebre del heno es todo un problema muy difícil de resolver, y alguien con predisposición al cáncer presenta un problema todavía peor. Los prejuicios referentes al color de la piel y del cabello son una estupidez, naturalmente, pero estoy en condiciones de afirmar que lo que más les interesa es la homogeneidad y la uniformidad. En cuanto a la Tierra, podemos hacer mucho incluso sin la ayuda de los Mundos Exteriores.

-¿Qué, por ejemplo? 1 .

-Tendríamos que introducir el uso de los robots positronicos y el cultivo hidropónico y, sobre todo, es preciso implantar el control de natalidad. Un sistema de control de los nacimientos bien meditado y fundado en principios psiquiátricos realmente sólidos que tuviera como objetivo eliminar las tendencias psicóticas, las enfermedades congénitas y...

-Tal y como se hace en los Mundos Exteriores, ¿no?

-En absoluto. Yo no he hablado de principios racistas en ningún momento: me limito a hablar de enfermedades mentales y físicas comunes a todos los grupos étnicos y todas las razas. Y, lo más importante de todo, el número de nacimientos debe mantenerse por debajo del de las defunciones hasta que se haya alcanzado cierto equilibrio.

-No poseemos las técnicas industriales y los recursos necesarios para introducir una tecnología basada en los robots y los cultivos hidropónicos en un plazo inferior a los cinco siglos -dijo Cellioni con expresión sombría-. Aparte de eso las tradiciones de la Tierra y los códigos éticos en vigor prohíben el uso de los robots y los alimentos de origen artificial..., y lo más importante es que también prohiben que se mate a los que aún no han nacido. Vamos, Keilin... No podemos permitir que siga difundiendo sus teorías. No está consiguiendo lo que se propone. Mina la voluntad del pueblo, distrae su atención apartándole de lo realmente importante y...

-Señor secretario -le interrumpió Keilin con irritación-, ¿quiere que haya una guerra?

-¿Que si quiero la guerra? ¡Qué pregunta tan estúpida e insolente!

-Bien, entonces... ¿Quiénes son los responsables de la política gubernamental que quieren la guerra? Por ejemplo, ¿quién es el responsable de que se hayan difundido todos esos rumores referentes al Proyecto Pacífico?

-¿El Proyecto Pacífico? ¿Dónde ha oído hablar de eso?

-No pienso divulgar cuáles son mis fuentes de información.

-Bien, en tal caso yo se lo diré. Un nativo de Aurora llamado Moreanu le habló del Proyecto Pacífico durante su reciente viaje a la Tierra. Sabemos bastante más de lo que se figura sobre usted, señor Keilin.

-Lo creo, pero no reconozco haber recibido ninguna información de Moreanu. ¿Por qué se ha imaginado que podía conseguir informaciones de esa fuente? ¿Quizá porque permitieron deliberadamente que alguien le engañara contándole un montón de mentiras?

-¿Un montón de mentiras?

-Sí. Creo que el Proyecto Pacífico es un engaño, una trampa destinada a inspirar confianza. Creo que el gobierno se propone ir filtrando gradualmente lo que en teoría es un secreto con el objetivo de apoyar su política bélica. Es un truco que forma parte de una guerra de nervios de la que están siendo víctima los terrestres y que acabará por acarrear la ruina del planeta.... y comunicaré mi teoría al público.

-No lo hará, señor Keilin -dijo Cellioni sin perder la calma.

-Sí que lo haré.

-Señor Keilin, su amigo Ion Moreanu está teniendo serios problemas en Aurora..., quizá por un exceso de amistad con usted. Le aconsejo que se ande con cuidado si no quiere tener problemas igualmente serios por un exceso de amistad con él.

-Eso no me preocupa. -El periodista dejó escapar una breve carcajada, se puso en pie y fue hacia la puerta ... y sonrió al descubrir que dos hombretones le obstruían el paso-. ¿Qué significa esto? ¿Que debo considerarme arrestado desde este mismo instante, quizá?

-Exacto -respondió Cellioni.

-¿De qué se me acusa?

-Bueno, ya pensaremos en eso más tarde.

Keilin salió del despacho..., escoltado por los dos hombretones.

Lo que ocurría en Aurora era como la imagen en un espejo de lo que se acaba de narrar, pero a una escala considerablemente mayor.

El Comité de Agentes Extranjeros llevaba varios días reunido en asamblea, y lo había estado desde el día en que Ion Moreanu y su Partido Conservador se enfrentaron al gran desafío que suponía el plantear una votación de retirada de confianza. La razón de que hubieran fracasado había que buscarla en parte en que los independientes estaban mejor organizados y, en parte, en la actividad del mismo Comité de Agentes Exteriores.

Las pruebas se habían ido acumulando desde hacía varios meses, y cuando el voto de confianza resultó favorable a los independientes por un margen considerable el Comité pudo empezar a actuar usando sus propios métodos.

Moreanu fue sometido a arresto domiciliario. Dadas las circunstancias el procedimiento no era legal -hecho que Moreanu señaló con gran vehemencia-, pero se llevó a cabo sin ningún contratiempo y con la máxima discreción.

Moreanu fue interrogado durante tres días seguidos con palabras corteses y tonos ecuánimes que apenas se desviaban de una tranquila curiosidad. Los siete inquisidores del Comité se iban turnando para llevar a cabo el interrogatorio, y a Moreanu sólo se le concedían intervalos de diez minutos de descanso durante las horas en que el Comité permanecía reunido.

Al cabo de tres días de ser tratado de aquella forma Moreanu empezó a acusar los efectos. Se había quedado ronco de tanto pedir un careo con sus acusadores, estaba harto de insistir en que se le notificara la naturaleza exacta de las acusaciones y tenía las cuerdas vocales destrozadas de tanto gritar que se le estaba tratando de una forma totalmente ilegal.

El Comité acabó leyéndole unas declaraciones, y se le fue preguntando continuamente si era verdad que había dicho tal cosa o tal otra.

Moreanu sólo podía mover la cabeza con expresión fatigada mientras le iban envolviendo en la tela de araña.

Negó el que las pruebas pudieran ser consideradas como tales, y se le informó de que estaba siendo interrogado por un Comité Investigador y de que aquello no era un juicio.

El presidente puso fin al interrogatorio golpeando la mesa varias veces con su martillito. Era un hombre robusto de voluntad de hierro. Habló durante una hora resumiendo los resultados de la investigación, aunque sólo citaremos una breve parte de lo que dijo.

-Si se hubiera limitado a conspirar con otros habitantes de Aurora podríamos comprenderle e incluso perdonarle -dijo-. Sería una falta que compartiría con muchos hombres ambiciosos que también la han cometido a lo largo de la historia..., pero no se trata de eso, evidentemente. Lo que nos horroriza y nos impide sentir compasión por usted es su afán de asociarse con esos seres infrahumanos, ignorantes y llenos de enfermedades que viven en la Tierra.

»El acusado que tenemos delante se halla bajo una aplastante acumulación de pruebas que demuestran que ha conspirado con los peores elementos de la población mestiza de la Tierra y...

-¡Pero el motivo! -le interrumpió el grito angustiado de Moreanu-. ¿Qué motivo pueden atribuirme para...?

El acusado fue derribado por un empujón que lo obligó a caer sobre la silla. El presidente hizo una mueca despectiva, se apartó de la lenta gravedad del discurso que tenía preparado y se permitió un poco de improvisación.

-No corresponde a este Comité averiguar cuáles fueron los motivos que le impulsaron a actuar como lo hizo -dijo-. Hemos puesto sobre la mesa los hechos concretos. El Comité tiene pruebas... -Hizo una pausa volviendo la cabeza a derecha e izquierda para contemplar a la fila de miembros del Comité-. Creo poder afirmar que el Comité cuenta con pruebas que dejan bien clara su intención de utilizar potencial humano terrestre para dar un golpe de Estado que le habría convertido en dictador de Aurora; pero como no se ha hecho uso de tales pruebas no abordaré este tema salvo para decir que un acto así no resultaría incompatible con su carácter tal y como se ha ido manifestando durante el curso de los interrogatorios.

El presidente volvió al discurso que había preparado.

-Creo que todos los que estamos presentes en esta sala hemos oído rumores sobre un plan denominado Proyecto Pacífico, el cual parece ser es un intento de recuperar los dominios perdidos que se está fraguando en la Tierra.

»No creo necesario recalcar que tal intento ha de estar condenado al fracaso.... y sin embargo no es inconcebible que pudiéramos ser derrotados. Sólo existe una cosa que pueda afectarnos, y es una debilidad interna en la que no habíamos reparado. Después de todo, la genética todavía es una ciencia imperfecta... Incluso después de veinte generaciones sigue siendo posible que surjan rasgos indeseables, y cada uno de ellos representa una mella en el escudo de acero de la fuerza de Aurora.

»Ése es el Proyecto Pacífico. Su objetivo es utilizar a nuestros propios traidores y criminales contra nosotros, y si consiguen hallarlos en nuestros órganos de gobierno hasta es posible que los terrestres acaben saliéndose con la suya.

»El Comité de Agentes Extranjeros existe para combatir esa amenaza, y en la persona del acusado podemos tocar los bordes de esa telaraña. Debemos seguir...

El discurso continuó saliendo de sus labios.

Cuando hubo terminado Moreanu dio un puñetazo sobre la mesa. Estaba muy pálido, y tenía los ojos desorbitados.

-¡Pido la palabra!

-El acusado puede hablar -dijo el presidente.

Moreanu se puso en pie y recorrió la sala con

la mirada en silencio durante unos momentos que se hicieron muy largos. La estancia adecuada para congregar a un público de setenta y cinco millones mediante la onda comunitaria parecía desierta. Sólo estaba ocupada por los inquisidores, el equipo legal, los secretarios oficiales..., y con él, en carne y hueso, sus guardianes.

Moreanu habría preferido contar con un público. Dada su ausencia, ¿a quién podía apelar? Su mirada se apartó con desaliento de cada una de las caras en que se iba posando, pero tenía que conformarse con ellas.

-En primer lugar -dijo-, niego la legalidad de esta reunión. Me han rehusado mis derechos constitucionales de intimidad y personalidad. He sido juzgado por un organismo que no tiene la categoría de tribunal legal compuesto por individuos convencidos de antemano de mi culpabilidad. Se me ha negado la oportunidad de defenderme adecuadamente y, en realidad, se me ha tratado desde el principio como si fuera un criminal convicto y confeso al que sólo falta sentenciar.

»Niego categóricamente haber tomado parte en ninguna actividad perjudicial para el Estado o que tendiera a subvertir ninguna de sus instituciones fundamentales.

»Acuso vigorosamente a este Comité de utilizar de modo deliberado su poder para ganar batallas políticas. No soy culpable de traición, sino únicamente de estar en desacuerdo con una política cuyo objetivo es la destrucción de la mayor parte de la raza humana por motivos tan triviales como inhumanos.

»Estamos en deuda con esos hombres condenados a una existencia dura e infeliz por la única razón de que fueron nuestros antepasados y no los suyos los primeros en llegar a los Mundos Exteriores, pero no les debemos la destrucción sino el prestarles ayuda. Con nuestra tecnología y nuestros recursos pueden crear y volver a desarrollar...

La voz del presidente interrumpió el vehemente discurso de Moreanu.

-Se está apartando del tema -dijo-. El Comité está dispuesto a escuchar todos los alegatos que quiera formular en defensa propia, pero un sermón sobre los derechos de los terrestres queda totalmente fuera del campo legítimo de la discusión.

La audiencia se dio por formalmente terminada. Fue una gran victoria política para los independientes, y de los miembros del Comité el único que no había quedado satisfecho del todo era Franklin Maynard. Seguía estando atormentado por una duda que se negaba a desvanecerse.

Se preguntaba si...

¿Debía hacer un último intento? ¿Debía hablar otra vez -una sola vez más-, con aquel extraño hombrecillo de aspecto simiesco que había sido enviado por la Tierra en calidad de embajador? Maynard acabó tomando una decisión y la puso en práctica al instante deteniéndose sólo el tiempo necesario para buscar un testigo, pues una comunicación privada con un terrestre podía resultar peligrosa incluso para alguien como Maynard.

Luis Moreno, embajador de la Tierra en Aurora, no era ningún modelo de apostura o virtudes masculinas..., lo que no era fruto de la casualidad, naturalmente. Lo habitual era que los diplomáticos que la Tierra enviaba al extranjero fueran negros, bajitos, apáticos o débiles..., cuando no las cuatro cosas a la vez.

Los Mundos Exteriores ejercían una considerable atracción sobre los terrestres, y seleccionar a los diplomáticos basándose en esos criterios era una manera más de protegerse. Los

diplomáticos acostumbrados a la fascinación de Aurora no podían por menos que sentir una fortísima renuencia a volver a la Tierra, pero había algo peor y todavía más peligroso que aquello, y era el hecho de que la estancia en los Mundos Exteriores significaba ir adquiriendo una creciente simpatía hacia aquellos semidioses de las estrellas y un distanciamiento cada vez mayor con respecto a los terrestres, que comparados con ellos parecían habitantes de un suburbio miserable.

A menos que el embajador se sintiera rechazado y despreciado, naturalmente. En ese caso no se podía soñar con un servidor de la Tierra más fiel y menos asequible al soborno.

El embajador de la Tierra apenas superaba el metro y medio de altura. Era calvo, con la frente inclinada hacia atrás, los ojos enrojecidos y una pelusa rosada que parecía un simulacro de barba. Sufría un leve resfriado que le obligaba a limpiarse de vez en cuando la nariz con un pañuelo para eliminar los productos de la enfermedad..., y sin embargo y a pesar de todo lo dicho era un intelectual.

Para Franklin Maynard ver y oír al terrestre era una auténtica tortura. Sentía náuseas cada vez que le oía toser, y se estremecía de asco cada vez que le veía limpiarse la nariz.

-Su Excelencia -le dijo intentando ocultar sus sentimientos-, nos hemos puesto en comunicación a petición mía porque deseo informarle de que la Reunión ha decidido pedir a su gobierno que le retire del cargo que ahora ocupa.

-Ha sido usted muy amable, consejero. Ya lo sospechaba... ¿Y por qué motivo?

-El motivo no entra en los límites de nuestra conversación. Creo que un Estado soberano tiene derecho a decidir por sí mismo si un diplomático extranjero es persona grata o no. Además no creo que necesite que le dé más datos sobre este punto, ¿verdad?

-Muy bien... -El embajador hizo una pausa para volver a manejar el pañuelo y murmuró unas palabras de excusa que Maynard no logró entender-. ¿Eso es todo?

-No, no es todo -respondió Maynard-. Hay un asunto del que me gustaría hablarle. ¡No corte la comunicación!

Las enrojecidas ventanillas de la nariz del embajador se dilataron y se pusieron un poquito mas rojas de lo que ya estaban, pero su propietario sonrió.

-Será un honor -dijo.

-Excelencia -dijo Maynard con severidad-, en los últimos tiempos su mundo ha mostrado cierta actitud de beligerancia que los auroranos encontramos muy molesta e innecesaria. Confío en que opinará que el regreso a la Tierra le ofrece una excelente oportunidad de utilizar su influencia para impedir que se produzcan más manifestaciones como la que tuvo lugar recientemente en Nueva York donde dos arturianos fueron maltratados por una turba enfurecida. Es posible que la próxima vez no nos demos por satisfechos con el pago de una indemnización...

-Consejero Maynard, aquello fue el resultado de un infortunado desbordamiento emocional. Espero que no opinará que unos cuantos muchachos que corren por las calles lanzando gritos son una auténtica manifestación de beligerancia.

-Esa actitud está respaldada por muchos de los actos de su gobierno..., el reciente arresto de Ernest Keilin, por ejemplo.

-Que es un asunto puramente interno -replicó el embajador sin perder la calma.

-Pero es un acto imprudente que no demuestra una buena disposición hacia los Mundos Exteriores. Hasta hace poco Keilin era uno de los pocos terrestres que podía hacer oír la voz de nuestros planetas. Era lo bastante inteligente para comprender que el ser humano inferior no está protegido por ningún derecho divino por el mero hecho de ser inferior.

Las palabras de Maynard parecieron afectar un poco al embajador.

-Consejero, las teorías auroranas sobre las diferencias raciales no me interesan en lo más mínimo.

-Déjeme hablar, embajador... Su gobierno debe comprender que el arresto de Moreanu impedirá que puedan seguir utilizándole como agente suyo y que eso es un grave obstáculo para sus planes. Ponga de relieve el hecho de que los auroranos estamos mucho mejor informados que antes de la mencionada detención, y es posible que eso sirva para que su gobierno actúe de forma más prudente en el futuro.

-Vaya, así que Moreanu es mi agente, ¿eh? Bueno, consejero, si su gobierno me retira la confianza que había depositado en mí me marcharé; pero supongo que la pérdida de la inmunidad diplomática no afecta a la inmunidad personal a la que tengo derecho como ciudadano respetuoso de la ley, y que ésta sigue protegiéndome de las acusaciones de espionaje, ¿no?

-¿Acaso no es ése su auténtico trabajo?

-¿Acaso los auroranos dan por descontado que el espionaje es lo mismo que la diplomacia? A mi gobierno le gustará saberlo... Le aseguro que tomaremos las debidas precauciones.

-¿Está defendiendo a Moreanu? ¿Niega que haya trabajado para la Tierra?

-Me limito a defenderme a mí. En cuanto a Moreanu, no soy tan estúpido como para decir nada sobre él.

-¿Estúpido? ¿Por qué ha empleado esa palabra?

-El hecho de defenderle significaría una nueva condena contra él, ¿no? Ni le acuso ni le defiendo. En lo que a mí respecta lo que su gobierno tenga contra Moreanu es un asunto interno..., tan interno como lo que mi gobierno tenga contra Keilin, a quien usted defiende con vehemencia más que sospechosa. Y ahora si me disculpa...

La comunicación se cortó, y la pared volvió a desvanecerse casi al instante. Hijkman observó a Maynard con expresión pensativa.

-¿Qué opina de él? -le preguntó.

-Opino que es una vergüenza que esa parodia de ser humano pise el suelo de Aurora.

- Estoy totalmente de acuerdo con usted; y sin embargo..., sin embargo...

-¿Qué?

-Siento la tentación de pensar que es el amo y que nosotros estamos bailando al son de la música que toca. ¿Está enterado de lo de Moreanu?

-Por supuesto.

-Bueno... Le condenarán y le enviarán a un asteroide. Su partido será disuelto. A primera vista todo el mundo diría que esos actos representan una grave derrota para la Tierra.

-¿Le queda alguna duda sobre si lo son o no?

-No estoy seguro. Hond, el presidente del Comité, insistió en airear su teoría de que el Proyecto Pacífico era el nombre que la Tierra daba a un plan para utilizar traidores internos en los Mundos Exteriores, pero yo no soy de ese parecer. No estoy muy seguro de que los hechos concuerden con esa idea. Por ejemplo, ¿de dónde sacamos las pruebas contra Moreanu?

-No sabría decírselo.

-De nuestros agentes, en primer lugar. ¿Pero cómo las consiguieron ellos? Las pruebas eran demasiado convincentes. Moreanu no se protegió muy bien...

Maynard titubeaba. Parecía intentar sonrojarse sin conseguirlo.

-Bueno, para decirlo en pocas palabras... Creo que el embajador terrestre nos regaló la mayor parte de esas pruebas. Creo que aprovechó la simpatía que Moreanu sentía hacia la Tierra primero para atraérselo, y luego para traicionarle.

-¿Por qué?

-No lo sé. Para asegurar la guerra quizá.... y para darnos una sorpresa con su maldito Proyecto Pacífico.

-No lo creo.

-Lo comprendo. No tengo pruebas, sólo sospechas. El Comité tampoco me creería. Pensé que una última conversación con el embajador quizá podría proporcionarme algún dato nuevo, pero su simple presencia me asquea y me he pasado la mayor parte del tiempo procurando apartar la mirada.

-Vamos, amigo mío... Se está dejando dominar por las emociones, y eso es una debilidad muy desagradable. Me han dicho que le han nombrado delegado para la Reunión Interplanetaria que se celebrará en Hespero. Le felicito.

-Gracias -respondió Maynard distraídamente.

Luis Moreno, ex embajador en Aurora, había vuelto a la Tierra con sumo placer. Por fin estaba lejos de los panoramas artificiales que parecían desprovistos de vida propia y que sólo existían gracias a la enérgica voluntad de sus poseedores, lejos de aquellos hombres y mujeres demasiado bellos y de sus omnipresentes robots silenciosos y aparentemente pensativos.

Había vuelto al zumbar de la vida, al ruido de pisadas, al roce de unos hombros con otros, al sentir en la cara el aliento de otra persona.

Aún no había podido disfrutar de todas aquellas sensaciones. Los primeros días de su estancia en el planeta habían sido dedicados a largas conferencias con los jefes del gobierno de la Tierra.

En realidad el momento en el que pudo considerarse verdaderamente relajado no llegó hasta que hubo transcurrido una semana.

Se encontraba en una de las pertenencias más raras del lujo terrestre, un jardín en la azotea, y)unto a él estaba Gustav Stein, el psicólogo desconocido que, a pesar de todo, había sido uno de los primeros promotores del plan que la opinión pública conocía con el nombre de Proyecto Pacífico.

-Hasta el momento todas las pruebas concuerdan, ¿no? -acababa de decir Moreno con una satisfacción tan intensa que resultaba casi horripilante.

-Hasta el momento.... sólo hasta el momento. Aún nos queda un largo camino por recorrer.

-Pero todo seguirá saliendo bien. Alguien que haya vivido en Aurora cerca de un año como yo no puede dudar de que vamos por buen camino.

-Hummmm... A pesar de todo prefiero dejarme guiar por los informes del laboratorio y únicamente por ellos.

-Y hará muy bien. -Moreno estaba tan contento que su cuer

pecito parecía un muelle tensado-. Pero llegará un día en el que todo será distinto... Ah, Stein, usted no conoce a los habitantes de los Mundos Exteriores. Quizá se haya encontrado con los turistas en sus hoteles especiales o corriendo por las calles dentro de sus vehículos herméticamente cerrados equipados con las más puras atmósferas particulares que el aire acondicionado puede producir para sus delicadas narices; observando el paisaje a través de un periscopio móvil y apartándose con un estremecimiento ante el roce con un terrestre...

»Pero no los ha conocido en su propio mundo, seguros en su enfermiza y corrompida grandeza. Vaya allá a que le desprecien una temporada, Stein, vaya a enterarse de lo bien que podrá competir con sus cuidados céspedes al sentirse delicadamente pisoteado...

»Y a pesar de todo Ion Moreanu cayó cuando tiré de los hilos adecuados..., Ion Moreanu, el único entre todos ellos que era capaz de entender el funcionamiento de la mente de otro hombre. Es la crisis que acabamos de superar con éxito, y ahora tenemos delante un camino fácil y libre de obstáculos.

»En cuanto a Keilin -dijo de pronto, más para sí mismo que para Stein-, ya pueden soltarlo. En lo sucesivo ya no podrá decir casi nada que suponga el más mínimo peligro para nosotros. Tengo una idea... Falta poco menos de un mes para que empiece la Conferencia Interplanetaria de Hespero. Podríamos enviarle allí para que informara de la reunión. Con ello daremos una prueba indudable de nuestra buena disposición hacia los Mundos Exteriores..., y le mantendremos fuera de la Tierra durante el verano. Creo que es la mejor solución.

Y así se hizo.

Hespero era el más pequeño de todos los Mundos Exteriores, el último en haber sido colonizado y el más alejado de la Tierra, y de ahí le venía el nombre. En un sentido físico no era el más adecuado para una gran reunión diplomática porque no contaba con buenas instalaciones. Por ejemplo, la red de onda comunitaria no se podía ampliar lo suficiente para atender satisfactoriamente a todos los delegados, secretarios y administradores necesarios en una reunión a la que habían sido convocados cincuenta planetas; y se habían preparado reuniones personales en edificios requisados para ese fin.

Pero el hecho de haber elegido aquel punto de reunión encerraba un simbolismo que no se le escapaba a nadie. Hespero era el planeta más alejado de la Tierra, y si bien la distancia espacial -un poco más de cien parsecs-, era lo de menos lo realmente importante era que Hespero no había sido colonizado por terrestres, sino por habitantes de Fauno, un Mundo Exterior.

Eso hacía que Hespero perteneciese a la segunda generación de Mundos Exteriores, y no tenía «Madre Tierra». Para los habitantes de Hespero la Tierra no era más que una abuela distante y apenas conocida perdida entre las estrellas.

Como es habitual en tales reuniones las asambleas generales apenas llevan a cabo ningún trabajo real. El tiempo que duran se reserva para pregonar lo que se desea hacer llegar a los oídos de los ciudadanos de las respectivas naciones. Las verdaderas negociaciones tienen lugar en los pasillos y las mesas de los comedores, y más de un conflicto que parecía imposible de resolver se ha reblandecido con la sopa y se ha disipado con el postre.

Pero aquel caso particular estaba acompañado por dificultades también particulares. El imperio de la onda comunitaria no se había impuesto en todos los mundos y no había ninguno en el que lo invadiese todo hasta el extremo en que lo hacía en Aurora, pero sí ocupaba un lugar destacado en todos ellos; y eso hacía que los grandes personajes experimentaran cierta sensación de ultraje y merma de su majestuosidad al verse obligados a acercarse los unos a los otros en carne y hueso sin la tranquilizadora intimidad que proporcionaba el estar separados por una pared invisible y sin la agradable seguridad de saber que tenían el interruptor al alcance dela mano.

Se observaban con una mezcla de irritación e incomodidad, y procuraban no dejarse sorprender mientras comían y no encogerse ante un roce involuntario. Hasta los robots escaseaban lo suficiente como para que fuera preciso restringir el servicio.

Ernest Keilin, el único representante de los medios de información terrestres acreditado, se daba cuenta de algunas de esas cuestiones sólo de la manera vaga con que han sido descritas. No podía tener una visión interior más clara, y tampoco habría podido tenerla nadie criado en una sociedad donde los seres humanos existen en plural y a una casa le basta con estar vacía para suscitar temores.

Las tensiones más sutiles del banquete oficial dado por el gobierno de Hespero durante la tercera semana de la conferencia se le escapaban, pero otras no se le pasaban por alto.

Después de la comida los asistentes fueron formando grupitos, como es natural. Keilin se unió al de Franklin Maynard, quien como delegado del planeta más grande era, por derecho propio, el más interesante desde el punto de vista de un buscador de noticias.

Maynard hablaba despreocupadamente mientras iba tomando sorbos del cóctel que tenía en la mano' y si sentía un cierto hormigueo de inquietud ante la proximidad de otras personas no cabía duda de que estaba logrando disimular soberbiamente aquella sensación.

-La Tierra es básicamente impotente contra nosotros siempre que evitemos lanzarnos a una aventura militar de resultados impredecibles -estaba diciendo Maynard-, y si queremos evitar dichas aventuras tenemos que estar unidos en el terreno económico. Hagamos que la Tierra se dé cuenta de hasta qué punto su economía depende de nosotros y de las materias primas que sólo nosotros podemos proporcionarle, y ya no se hablará más de espacio vital. Y si estamos unidos la Tierra jamás se atreverá a atacarnos. Sustituirá sus afanes estériles por motores nucleares..., o no lo hará, pero eso no nos importa.

Se volvió para lanzar una mirada un tanto altanera a Keilin, y éste se sintió provocado.

-Consejero, le recuerdo que las materias primas y productos manufacturados que envían a la Tierra no son un regalo -dijo Keilin-. Los intercambian por productos agrícolas.

Los labios de Maynard esbozaron una sonrisa tan delgada como el filo de un cuchillo.

-Sí, creo que el delegado de Tetis se ha referido ampliamente a ese hecho... Entre nosotros aún prevalece la fantasía de que sólo las semillas terrestres dan buenos resultados, y...

-Mire, yo no soy de Tetis -le interrumpió sin perder la calma otro asistente a la reunión-, pero lo que acaba de decir no es ninguna fantasía. Yo cultivo centeno en Rhea, y nunca he logrado obtener algo parecido al pan de la Tierra.... no tiene el mismo sabor, sencillamente. -Cuando siguió hablando se dirigió a todos los que le rodeaban-. Es más, hace cinco años importé a media docena de terrestres con visado de trabajadores agrícolas para que supervisaran el trabajo de los robots. Ya saben que son capaces de hacer maravillas con la tierra de labor... Donde escupen el maíz crece hasta alcanzar cuatro metros y medio de altura. Contar con ellos me ayudó bastante y emplear semillas terrestres también mejoró los resultados finales, pero aunque cultives cereales venidos de la Tierra las cosechas que obtienes aquí ya no dan semillas buenas para el año próximo.

-¿Ha hecho que nuestro departamento de agricultura analizara sus campos? -preguntó Maynard.

-No los hay mejores en todo el sector, y el centeno es de la mayor calidad -replicó el rheano con el mismo tono de altanería que había estado usando Maynard al principio-. Envié un quintal métrico a la Tierra para que lo sometieran a un control alimentario, y me lo devolvieron con las mejores calificaciones. -Se rascó el mentón con expresión pensativa-. No, yo hablaba del sabor. No parece tener el...

Maynard quiso quitarle importancia al asunto.

-Siempre se puede prescindir del sabor durante una temporada. Esas hordas de hombrecillos de la Tierra tendrán que acabar aceptando nuestras condiciones. Nosotros sólo renunciaríamos a ese sabor misterioso; pero ellos tendrían que renunciar a los motores nucleares, los vehículos y la maquinaria agrícola. De hecho creo que no sería mala idea tratar de prescindir de esos sabores terrestres que tanto le preocupan. Aprendamos a apreciar el sabor de los productos cultivados en el suelo de nuestros mundos..., que creo podría salir muy bien librado de la comparación si le diéramos la oportunidad.

-¿Ah, sí? -El rheano sonreía-. Veo que fuma tabaco terrestre, ¿no?

-Es una costumbre que puedo abandonar si no me queda más remedio que hacerlo.

-Dejando de fumar, probablemente... Yo no utilizaría tabaco de los Mundos Exteriores para nada que no fuese el matar mosquitos.

El rheano soltó una carcajada quizá demasiado sonora y se apartó del grupo. Maynard le siguió con la mirada, y se le notó que estaba molesto.

El breve inciso sobre el centeno y el tabaco causó cierta satisfacción a Keilin, quien veía a todas aquellas personalidades como una imagen a pequeña escala de las inmensas realidades de la política galáctica. Tetis y Rhea eran los planetas más importantes de la zona sur, así como Aurora era el más importante del norte. Los tres planetas eran igualmente racistas y exclusivistas, y sus opiniones acerca de la Tierra eran similares y perfectamente compatibles. A primera vista lo lógico habría sido pensar que tenían que estar de acuerdo en todo, pero...

Pero Aurora era el Mundo Exterior más antiguo, el más avanzado, el más fuerte en el terreno militar y, por lo tanto, aspiraba a ejercer una especie de jefatura moral sobre los otros planetas. Eso bastaba para despertar cierta oposición, y Rhea y Tetis servían como puntos focales para agrupar a todos los que no reconocían el caudillaje de Aurora.

Aquella situación hacía que Keilin sintiera una sombría satisfacción. Si la Tierra sabía inclinar su peso de forma adecuada primero en una dirección y luego en otra quizá conseguiría acabar creando una grieta, quizá incluso una fragmentacion...

Keilin fijó la mirada en Maynard con una cautela tan acentuada que casi llegaba a la furtividad, y se preguntó qué efecto tendría la escena que acababa de presenciar sobre el debate del día siguiente. El aurorano ya se estaba mostrando más callado de lo que permitia la buena educación.

Un momento después un subsecretario se abrió paso entre los grupos de invitados y atrajo la atención de Maynard haciéndole una seña.

Los ojos de Keilin siguieron al aurorano cuando empezó a alejarse con el recién llegado, y vieron cómo le escuchaba con gran interés, cómo profería un «¿Qué?» asombrado perfectamente claro para el ojo aunque se produjera demasiado lejos para ser captado por el oído y, finalmente, cómo cogía el papel que le alargaba el subsecretario.

Y como consecuencia de ello la sesión del día siguiente siguió un curso completamente distinto al que Keilin había previsto.

Keilin se enteró de los detalles en los programas de noticias de la noche. Al parecer el gobierno terrestre había enviado una nota a todos los gobiernos que tomaban parte en la conferencia advirtiéndoles sin rodeos de que cualquier pacto sobre cuestiones militares o económicas al que pudieran llegar se consideraría como un gesto hostil hacia la Tierra y de que sería recibido con las contramedidas adecuadas. La nota denunciaba a Aurora, Tetis y Rhea por un igual; los acusaba de estar tramando una conspiración imperialista contra la Tierra; etcétera, etcétera.

-¡Idiotas! -exclamó Keilin rechinando los dientes. Estaba tan enfadado que le faltó muy poco para darse de cabezazos contra la pared-. ¡Idiotas, idiotas, idiotas!

Su voz se fue debilitando poco a poco hasta perderse en el silencio sin dejar de murmurar una y otra vez la misma palabra.

Una enfurecida multitud de delegados cuya única idea era triturar hasta desintegrarlo cualquier desacuerdo que pudiera subsistir entre ellos acudió a la siguiente sesión de la conferencia. Cuando ésta hubo finalizado todos los asuntos concernientes al comercio entre la Tierra y los Mundos Exteriores habían quedado en manos de una comisión dotada de plenos poderes.

Ni tan siquiera Aurora había podido imaginar una victoria tan fácil y tan completa, y Keilin se pasó todo el trayecto de vuelta a la Tierra anhelando el momento en el que su voz podría elevarse en el estudio de grabación para proclamar su disgusto y su irritación.

Pero en la Tierra había algunas personas que sonreían.

Una vez en la Tierra la voz de Keilin se fue debilitando y se ahogó poco a poco en un clamor mucho más potente que reclamaba acción inmediata.

La popularidad de Keilin disminuía en la misma proporción en que aumentaban las restricciones comerciales. Los Mundos Exteriores fueron apretando el nudo poco a poco. Empezaron poniendo en vigor un nuevo sistema de licencias de exportación, después prohibieron que se exportara a la Tierra cualquier producto susceptible de ser utilizado en un «esfuerzo bélico» y, finalmente, echaron mano de una interpretación amplísima sobre lo que se podía considerar utilizable para dicho «esfuerzo».
Los artículos de lujo importados -y los de primera necesidad también-, desaparecieron del mercado o alcanzaron precios tan altos que los volvían inaccesibles para la mayoría de la población.

Y como resultado las multitudes desfilaron, las voces se elevaron convirtiéndose en gritos, las banderas ondearon bajo el sol..., y las piedras salieron disparadas de las manos para volar hacia los consulados.

Keilin gritaba con todas sus fuerzas y temía enloquecer.

Hasta que de repente Luis Moreno se ofreció a aparecer en su programa para someterse a una entrevista sin ninguna limitación de temas en su calidad de ex embajador en Aurora y actual ministro sin cartera del gobierno terrestre.

Para Keilin aquello casi era como volver a nacer. Conocía a Moreno, y sabía que no era ningún idiota. Con Moreno en el programa tenía asegurada la atención de un público mucho más numeroso del que jamás podría haber aspirado a reunir delante de los receptores, y si Moreno contestaba a sus preguntas quizá podría desvanecer ciertos temores y disipar ciertos malentendidos. El mero hecho de que Moreno deseara utilizar su programa como caja de resonancia bien podía significar que los gobernantes de la Tierra quizá ya habían decidido adoptar una política exterior más flexible y sensata. Cabía la posibilidad de que Maynard hubiera estado en lo cierto, y de que la presión estuviera surtiendo efecto de la manera prevista.

La lista de preguntas había sido enviada a Moreno antes de la entrevista, naturalmente; pero el ex embajador había indicado que las respondería todas así como también las preguntas adicionales que se considerasen necesarias.

Parecía la solución ideal.... quizá demasiado dada la situación actual, pero sólo un estúpido se habría dejado detener por una minucia semejante.

Después de la presentación se encontraron el uno frente al otro con la mesita entre ambos. La aguja roja que indicaba el número de aparatos sintonizados con aquel canal sobrepasaba los cien millones, y había un promedio de 2,7 personas por aparato. Había llegado el momento de entrar en materia.

Keilin se frotó la barbilla lentamente mientras esperaba que le hicieran la señal.

Después de haberla recibido empezó a hablar.

P. -Secretario Moreno, el tema que más interesa a toda la población de la Tierra en estos momentos es la posibilidad de que haya una guerra. ¿Qué le parece si empezamos hablando de eso? ¿Cree que habrá guerra?

R. -Si la Tierra es el único planeta que tomamos en consideración mi respuesta es un no rotundo. En la historia de nuestro planeta ya ha habido demasiadas guerras, y la Tierra ha aprendido muchísimas veces lo poco que se puede obtener con una guerra.

P. -Acaba de decir «Si la Tierra es el único planeta que tomamos en consideración»... Así pues, ¿da a entender que factores que se hallan fuera de nuestro control acabarán provocando esa guerra?

R. -Yo no digo que la provocarán, pero sí digo que podrían provocarla. No puedo hablar en nombre de los Mundos Exteriores, naturalmente... No puedo fingir estar al corriente de cuáles

son sus motivaciones y sus intenciones en este momento de la historia de la Galaxia. Es posible que acaben decidiéndose por la guerra, aunque confío en que no lo harán.... pero si escogieran la guerra nosotros nos defenderíamos. En todo caso lo que sí puedo asegurarle es que nosotros no atacaremos nunca, y que no seremos nosotros quienes iniciemos una acción bélica.

P. -Así pues, ¿estoy en lo cierto si digo que según su criterio en estos momentos no existen diferencias fundamentales entre la Tierra y los Mundos Exteriores que no puedan ser resueltas mediante negociaciones?

R. -Claro que acierta. Si los Mundos Exteriores realmente desearan encontrar una solución no podría seguir existiendo ningún desacuerdo entre ellos y nosotros.

R. -¿Va incluido ahí el problema de la inmigración?

R. -Desde luego. Nuestra actitud en este tema es tan clara como irreprochable. En la situación actual doscientos millones de seres humanos ocupan el noventa y cinco por ciento del terreno disponible en el universo. Seis mil millones -o sea, el noventa y siete por ciento de toda la humanidad-, están amontonados en el otro cinco por ciento. Esa situación es obviamente injusta y, peor todavía, es inestable. La posición de la Tierra ante tamaña injusticia es que siempre ha estado dispuesta a tratar el problema admitiendo soluciones progresivas. Aceptaríamos cupos de inmigración razonables y restricciones igualmente razonables, pero los Mundos Exteriores se han negado a discutir esta cuestión. Llevan diez lustros rechazando todos los esfuerzos de la Tierra por abrir negociaciones.

P. -Si la actitud de los Mundos Exteriores no experimenta cambios, ¿cree que entonces habrá guerra?

R. -No puedo creer que su actitud siga inmutable. Nuestro gobierno sigue confiando en que los Mundos Exteriores acabarán por reconsiderar su actitud en esta cuestión y en que su sentido de la justicia y del derecho no está muerto, sino únicamente dormido.

P. -Señor secretario, pasemos a otro tema. ¿Cree que la Comisión de Mundos Unidos creada hace poco por los Mundos Exteriores para supervisar el comercio con la Tierra representa una amenaza para la paz?

R. -En el sentido en que los actos de dicha Comisión indican que los Mundos Exteriores desean aislar a la Tierra y debilitarla económicamente..., sí, puedo decir que sí lo representa.

P. -¿A qué actos se refiere, señor secretario?

R. -A los de restringir el comercio interestelar con la Tierra hasta el punto de que el total actual asciende a menos del diez por ciento del existente hace tres meses

P. -Pero... ¿Cree que estas restricciones representan un auténtico peligro económico para la Tierra? Por ejemplo, ¿no es cierto que el comercio con los Mundos Exteriores supone una parte insignificante del total del comercio terrestre? ¿Y no es cierto que en el mejor de los casos lo que importamos de los Mundos Exteriores llega sólo a una pequeñísima minoría de la población>

R. -Las preguntas que me acaba de formular encierran una profunda falacia muy corriente entre nuestros aislacionistas. Es cierto que el comercio interestelar sólo representa el cinco por ciento del total de nuestros intercambios comerciales, pero la triste verdad es que importamos el noventa y cinco por ciento del total de nuestros motores nucleares. También importamos el ochenta y cinco por ciento del torio, el sesenta y cinco por ciento del cesio y el sesenta por ciento del molibdeno y el estaño que consumimos. La lista se podría prolongar casi indefinidamente, y se ve con toda claridad que ese cinco por ciento es un porcentaje muy importante..., vital, de hecho. Además si un gran fabricante recibe un cargamento de moldeadores de acero de Rhea no debe deducirse por eso que todo el beneficio recalga sólo sobre él. Todo ser humano de nuestro planeta que utilice herramientas de acero u objetos manufacturados con herramientas de acero acaba saliendo beneficiado.

P. -¿Pero no es cierto que las restricciones actuales en el comercio interestelar de la Tierra han reducido nuestras exportaciones de ganado y cereales casi a cero? ¿Y no lo es que lejos de perjudicar a la Tierra ello significa una bendición para nuestra siempre hambrienta población?

R. -He aquí otra falacia grave. Es cierto que el aprovisionamiento de la población de la Tierra es trágicamente insuficiente, y el gobierno es el último en negarlo; pero nuestras exportaciones de alimentos no significan una merma seria en el total disponible. Se exporta menos de la quinta parte del uno por ciento de nuestros alimentos, y a cambio obtenemos, por ejemplo, fertilizantes y maquinaria agrícola, lo cual compensa de sobras dicha pequeña pérdida aumentando la eficiencia de la agricultura. Por consiguiente al comprarnos menos alimentos los Mundos Exteriores, de hecho, han recortado nuestra ya insuficiente provisión actual.

P. -Así pues, secretario Moreno, ¿está dispuesto a admitir que por lo menos una parte de la responsabilidad de la situación actual hay que achacársela a la misma Tierra? En otras palabras, y llegamos a mi siguiente pregunta... ¿No fue un error diplomático de primera magnitud el hecho de que el gobierno emitiera aquella declaración denunciando las intenciones de los Mundos Exteriores antes de que éstas se hubieran puesto de manifiesto de forma clara e inequívoca en la Conferencia lnterplanetaria?

R. -Yo creo que en aquel momento sus intenciones ya estaban muy claras.

P. -Discúlpeme, señor secretario, pero yo asistí a la conferencia. Cuando se hizo pública la nota del gobierno los delegados de los Mundos Exteriores casi habían llegado a un punto muerto. Los de Rhea y Tetis se oponían resueltamente a toda represalia económica contra la Tierra, y había grandes probabilidades de que Aurora y su bloque hubieran acabado siendo derrotados. La nota de la Tierra alteró radicalmente la situación.

R. -Bueno, señor Keilin... ¿Cuál es exactamente su pregunta?

P. -En vista de lo que acabo de decir, ¿cree que la nota emitida por el gobierno de la Tierra fue un error diplomático tan descomunal que raya en lo criminal y que ahora sólo es posible remediar con una política inteligente de conciliación sí o no?

R. -Utiliza usted un lenguaje muy duro, señor Keilin, pero me temo que no puedo responder directamente a su pregunta porque no estoy de acuerdo con la premisa fundamental en la que se basa. No creo que los delegados de los Mundos Exteriores hubieran podido actuar tal y

como usted dice que lo habrían hecho. En primer lugar, es bien sabido que los Mundos Exteriores se jactan con gran arrogancia de que el porcentaje de demencias, psicosis e incluso desajustes menores de la personalidad es una lacra que está desapareciendo de su sociedad. Uno de los argumentos más poderosos que esgrimen contra la Tierra es el de que tenemos más psiquiatras que fontaneros, y que a pesar de ello no contamos con un número suficiente de psiquiatras y que eso nos crea graves problemas. Los delegados de la conferencia representaban lo mejor de esa sociedad tan super estable... ¿Y quiere hacerme creer que esos semidioses habrían cambiado de opinión por un impulso momentáneo y habrían alterado de forma tan significativa la política de cincuenta planetas? No los creo capaces de adoptar una actitud tan pueril y tan perversamente contraria a sus convicciones, y por ello debo insistir en que todas las medidas que hayan adoptado se basan no en una nota emitida por el gobierno de la Tierra sino en motivaciones mucho más profundas.

P. -Pero señor secretario... Yo vi con mis propios ojos el efecto que eso produjo en ellos. Recuerde que un pueblo inferior les estaba ofendiendo con un lenguaje que ellos consideraban insolente. Señor secretario, a pesar de todos sus sarcasmos no puede caber ninguna duda de que los habitantes de los Mundos Exteriores son personas notablemente cuerdas y racionales ... 1 aunque su actitud respecto a la Tierra no encaje con el resto de su personalidad.

R. -¿Me está haciendo preguntas o está defendiendo las opiniones y la política racista de los Mundos Exteriores?

P. -Bien, aceptando su opinión de que la nota emitida por el gobierno de la Tierra no causó ningún daño... ¿Qué beneficio Podía reportar? ¿Por qué había que emitirla en ese preciso momento?

R. -Yo creo que era lógico y perfectamente justo que presentáramos nuestro punto de vista sobre el problema ante el tribunal de la opinión pública galáctica; y me parece que con esto hemos agotado el tema... ¿Qué pregunta quiere hacerme ahora? Es la última, ¿verdad?

P. -Sí, lo es. Hace poco se ha dicho que el gobierno de la Tierra tomará severas medidas contra aquellos que intervengan en actividades de contrabando. ¿Está en consonancia esa actitud con la postura gubernamental que afirma que la disminución de las relaciones comerciales va en detrimento del bienestar de la Tierra?

R. -Lo que nos importa por encima de todo es la paz, y no nuestro bienestar inmediato. Los Mundos Exteriores han adoptado ciertas restricciones comerciales. Nosotros no estamos conformes con ellas, y las consideramos una gran injusticia; pero las obedeceremos a pesar de todo para que ningún planeta pueda decir que hemos dado el más mínimo pretexto que permita iniciar las hostilidades. Por ejemplo, tengo el privilegio de utilizar su programa para revelar que durante el último mes cinco naves que viajaban con matrícula terrestre falsa fueron interceptadas mientras pretendían introducir productos de los Mundos Exteriores en el mercado terrestre. Los artículos que transportaban fueron confiscados, y sus tripulaciones fueron encarceladas. He aquí una prueba fehaciente de nuestras buenas intenciones.

P. -¿Naves de los Mundos Exteriores?

R. -Sí..., pero viajaban con matrícula terrestre falsa; recuérdelo.

P. -¿Y los tripulantes encarcelados son ciudadanos de los Mundos Exteriores?

R. -Eso creo. De todos modos no sólo infringían nuestras leyes sino también las de sus mundos, con lo cual renunciaban doblemente a sus derechos interplanetarios.... y creo que la entrevista debería terminar aquí.

P. -Pero esto...

Y el programa terminó de repente en aquel mismo momento. El final de la última frase de Keilin sólo fue oído por Moreno.

-... significa la guerra -dijo el periodista.

Luis Moreno ya no estaba en antena, por lo que se permitió sonreír mientras se ponía los guantes y después encogió los hombros en un gesto de indiferencia casi imperceptible a pesar del tremendo significado que encerraba.

Aquel encogimiento de hombros no tuvo testigos.

La Reunión de Aurora seguía en sesión. Franklyn Maynard se encontraba exhausto, y había tenido que retirarse unos momentos. Estaba frente a su hijo, a quien veía por primera vez con uniforme.

-Por lo menos tú estás seguro de lo que ocurrirá, ¿verdad?

En la respuesta del joven no hubo ni rastro de cansancio 0 aprensión, y nada que no fuera la satisfacción más absoluta.

-¡Claro, papá!

-Entonces... ¿No hay nada que te preocupe? ¿No crees que nos han manipulado para llevarnos hasta la situación actual?

- ¿Y a quién le importa que nos hayan manipulado? Es el funeral de la Tierra, no el nuestro.

Maynard meneó la cabeza.

-¿Pero es que no te das cuenta de que nos han colocado en una postura muy incómoda? Los ciudadanos de los Mundos Exteriores que han encarcelado quebrantaron la ley, y la Tierra tenía derecho a actuar como lo hizo.

-Papá, espero que no se te ocurrirá hacer ese tipo de afirmaciones durante la Reunión -replicó el joven frunciendo el ceño-. No me parece que la Tierra tenga ninguna justificación para haber actuado como lo ha hecho. De acuerdo, hacían contrabando... ¿Y qué? Si lo hacían era única y exclusivamente porque algunos habitantes de los Mundos Exteriores están dispuestos a pagar precios exorbitantes a cambio de adquirir comestibles terrestres en el mercado negro. Si los terrestres tuvieran algo de cerebro fingirian que no se enteraban y todo el mundo saldría ganando con eso. Bastante jaleo han armado afirmando que necesitaban comerciar con nosotros, ¿no? Bueno, ¿entonces por qué no hacen algo para seguir comerciando? En todo caso no veo por qué habríamos de dejar a unos auroranos o a cualquier otro habitante de los

Mundos Exteriores en manos de esos hombres-mono... ¿No quieren soltarles por las buenas? De acuerdo, entonces les obligaremos a que lo hagan. Si no obramos así la próxima vez todos correremos peligro.

-En fin, veo que has adoptado la opinión general.

-No, es mi propia opinión y si da la casualidad de que también es la más extendida será porque tiene su lógica, ¿verdad? La Tierra quiere una guerra, ¿no? Bueno, pues la tendrá.

-Pero... ¿Por qué quieren la guerra? ¿Por qué nos obligan a tomar este tipo de medidas tan drásticas? Toda nuestra política económica de los últimos meses tenía como objetivo obligarles a cambiar de actitud sin que hubiera una guerra.

Maynard hablaba consigo mismo, pero su hijo le replicó con un argumento irrebatible.

-No me importa por qué motivo quieren la guerra. Van a tener su guerra, y te aseguro que les aplastaremos.

Maynard regresó a la Reunión, pero mientras el ronroneo del debate volvía a llenar la sala pensó que aquel año no habría alfalfa terrestre, y sintió una punzada de inquietud. Lo sentía por la leche. Incluso la ternera parecía un poco menos sabrosa que antes...

La votación tuvo lugar a primera hora de la mañana. Aurora declaró la guerra a la Tierra. La gran mayoría de mundos de su bloque se le unieron al amanecer.

Los libros de historia bautizarían aquella contienda con el nombre de «Guerra de las Tres Semanas». Durante la primera un contingente de fuerzas auroranas ocupó varios asteroides situados más allá de la órbita de Plutón; y al comienzo de la segunda semana el grueso de la flota de la Tierra quedó prácticamente aniquilado en una batalla librada en la órbita de Saturno en la que se enfrentó a una flota de Aurora que apenas contaba con una cuarta parte del número de navíos terrestres.

Las declaraciones de guerra de los Mundos Exteriores que habían permanecido neutrales hasta entonces se fueron sucediendo tan deprisa como los estallidos de una traca.

La Tierra se rindió dos horas antes de que se cumplieran los veintiún días de hostilidades.

Las negociaciones de las cláusulas de paz tuvieron lugar entre los Mundos Exteriores, y a la Tierra no se le reservó ninguna actividad que no fuera la de firmar el tratado. Las condiciones de paz se salían considerablemente de lo habitual -de hecho, incluso se las podría considerar únicas-, y el peso de aquella humillación sin precedentes hizo que las hordas de la Tierra quedaran sumidas de repente en un silencio nacido de una cólera y una vergüenza tan grandes que no podían ser expresadas con palabras.

El mejor comentario de las condiciones quizá sea el que hizo un presentador aurorano dos días después de que fueran publicadas, y podemos reproducir una parte de lo que dijo.

-Ni en el interior de la Tierra ni en su superficie hay nada que los habitantes de los Mundos Exteriores podamos necesitar o desear. Todo lo que había de valor en la Tierra salió de ella siglos atrás en las personas de nuestros antepasados.

»Ellos nos llaman hijos de la Madre Tierra, pero eso no puede ser más falso porque descendemos de una Madre Tierra que ya no existe, una Madre que nos trajimos con nosotros. La Tierra de hoy tiene con nosotros un parentesco de prima lejana, nada más.

»¿Necesitamos sus recursos? Diablos, pero si no tienen recursos suficientes ni para ellos mismos... ¿Podemos utilizar su industria o su ciencia? Están agonizando porque no cuentan con la colaboración de las nuestras. ¿Podemos utilizar su potencial humano? Diez terrestres no valen lo que un solo robot... ¿Queremos la dudosa gloria de gobernarles? No existe tal gloria. Como inferiores impotentes e incompetentes que son con respecto a nosotros sólo representarían una pesada carga. Consumirían unos alimentos, un trabajo y una capacidad administrativa que haremos mucho mejor aprovechando para nosotros mismos.

»No tienen nada que darnos salvo el espacio que ocupan en nuestros pensamientos. No tienen nada de que librarnos salvo de ellos mismos. No pueden beneficiarnos con nada aparte de con su ausencia.

»Éste es el motivo de que las cláusulas de paz sean como son. No les deseamos ningún mal, y allá se las compongan con su sistema solar... Que vivan en paz dentro de él. Que se forjen un destino a su manera, y les aseguramos que jamás les estorbaremos ni con el menor asomo de nuestra presencia..., pero por nuestra parte nosotros también queremos que se nos deje en paz. Forjaremos nuestro futuro a nuestra propia manera. Una flota de los Mundos Exteriores patrullará los límites de su sistema con ese objetivo en la mente de todos sus tripulantes, y estableceremos bases de los Mundos Exteriores en los asteroides más alejados del Sol para asegurarnos de que no se aventuren en nuestros territorios.

No habrá comercio, relaciones diplomáticas, viajes ni comunicaciones. Los terrestres quedan proscritos, desterrados y encerrados en una cárcel herméticamente sellada. Nosotros contamos con un universo nuevo, una segunda creación del Hombre surgida de un Homo superior...

»Los terrestres nos preguntan qué será de la Tierra, y nosotros contestamos: "Es un problema que deberá ser resuelto por la misma Tierra. El crecimiento de la población puede controlarse.

Los recursos se pueden explotar de una forma eficiente. Los sistemas económicos pueden ser revisados y mejorados. Lo sabemos porque nosotros lo hemos hecho. Si ellos no saben hacerlo, que sigan el camino de los dinosaurios y nos dejen espacio libre.

»¡Sí, que dejen espacio libre en vez de estar pidiéndonos espacio a cada momento!

Y así fue cómo una cortina impenetrable envolvió lentamente al sistema solar. Las estrellas del firmamento de la Tierra volvieron a ser estrellas y nada más, tal y como lo habían sido en los casi olvidados días del pasado en que la primera nave atravesó la barrera de la velocidad de la luz.

El gobierno que había hecho la guerra y la paz dimitió, pero no había nadie para ocupar su puesto. Los diputados eligieron a Luis Moreno -ex embajador en Aurora y ex ministro sin

cartera-, como presidente provisional, y la población de la Tierra estaba demasiado aturdida para declararse de acuerdo o en desacuerdo con esa decisión. La única emoción perceptible fue un alivio generalizado al ver que existía alguien dispuesto a cargar con la pesada tarea de tratar de guiar el destino de un mundo encarcelado.

Muy pocos eran conscientes de cuán meticulosamente se había preparado aquel final, ni de los complicados cálculos que habían dado como resultado el que Moreno ocupara el sillón de la presidencia terrestre.

-Nos hemos quedado a solas con nosotros mismos -decía Ernest Keilin con voz abatida desde la pantalla-. Para nosotros no hay universo ni pasado, sólo la Tierra y el futuro.

Aquella noche volvió a tener noticias de Moreno, y emprendió viaje hacia la capital antes de que amaneciera.

La presencia de Moreno no parecía encajar demasiado bien con las líneas rígidamente elegantes de la mansión presidencial. Volvía a estar resfriado, y hablaba con voz ronca.

Keilín lo contemplaba con hostilidad, y con un odio casi devorador que le hacía notar cómo los dedos se le tensaban en los gestos preliminares del estrangulamiento. Quizá no debería haber venido... Bueno, ¿qué importaba? La orden no podía estar más clara. Si no hubiera acudido voluntariamente le habrían traído a la fuerza.

El nuevo presidente clavó su mirada penetrante en el rostro de Keilin.

-Tendrá que cambiar su actitud hacia mí, Keilin. Sé que me considera el Enterrador de la Tierra, fue la frase que empleó anoche, ¿verdad?, pero tiene que escucharme con calma y atención durante un rato, y dado su estado actual de rabia contenida dudo mucho de que pueda enterarse de lo que le diga.

-Oiré todo lo que tenga que decirme, señor presidente.

-Bueno.... veo que por lo menos aún es capaz de respetar las formalidades. Eso resulta esperanzador... ¿0 cree que he ordenado instalar un equipo de grabación en la sala?

Keilin se limitó a enarcar las cejas.

-No, no he dado esa orden -dijo Moreno-. Estamos completamente solos. Hemos de estarlo. De lo contrario, ¿cómo podría decirle sin correr peligro que todo está preparado para que usted sea escogido presidente y gobierne aplicando la constitución que estamos redactando? Bien, ¿qué le parece eso?

La expresión de sorpresa que se adueñó del rostro de Keilin le hizo sonreír.

- ¡Ah, veo que no me cree! Bien, ya no puede hacer nada para impedirlo... Antes de una hora toda la Tierra lo sabrá, ¿comprende?

-¿Voy a ser presidente? -La voz extrañamente enronquecida que salió de sus labios sorprendió incluso a Keilin-. Está loco -añadió unos momentos después en un tono más firme y seguro de sí mismo.

-No, no estoy loco. Los que están locos son los de ahí fuera.... los habitantes de los Mundos Exteriores.

Los ojos, el semblante y la voz de Moreno adquirieron una vehemencia maligna que hacía olvidar que fuera un monito con apariencia de hombre eternamente resfriado. La frente huidiza llena de arrugas, la calva y el traje mal cortado..., todo eso era olvidado, y sólo quedaba la mirada llameante de sus ojos y el filo cortante de su voz. Eso sí se notaba.

Keilin alargó la mano buscando una silla a tientas mientras Moreno se le acercaba y seguía hablando con creciente pasión.

-Sí -dijo-. Los que viven entre las estrellas, los semidioses, los majestuosos superhombres, la raza superior, hermosa y fuerte... Ellos son los que están locos..., aunque sólo nosotros los terrestres lo sabemos.

»Usted ha oído hablar del Proyecto Pacífico. Lo sé, Keilin. Se lo dijo a Cellioni en cierta ocasión y lo calificó de engaño, No lo es, y ya no queda casi nada de dicho proyecto que permanezca en secreto... En realidad su único secreto consiste en que no había nada secreto.

»Usted no es tonto, Keilin. Lo que ocurre es que nunca se tomó la molestia de analizar los hechos desde el principio hasta el final.... y a pesar de eso estaba sobre la pista. Había captado el rastro, ¿eh? ¿Qué fue lo que me dijo cuando me entrevistó en su programa? Algo acerca de que la actitud de los habitantes de los Mundos Extenores hacia los terrestres era el único punto flaco de su estabilidad mental. Fue eso o algo por el estilo, ¿verdad? Muy bien... ¡Estupendo! Entonces tenía usted en la mente el primer tercio del Proyecto Pacífico, y al fin y al cabo no era ningún secreto, ¿verdad que no?

»Hágase esa pregunta, Keilin. ¿Cuál es la actitud del aurorano típico hacia el terrestre típico? ¿Un sentimiento de superioridad? Sí, supongo que es la primera idea que le viene a la cabeza a quien piense en ello... Pero respóndame a otra pregunta, Keilin. Si se sentía superior, realmente superior, ¿cree lógico que sintiera la necesidad de llamar la atención sobre ese hecho a cada momento? ¿Qué clase de superioridad es la que necesita ser apuntalada continuamente con frases como "hombres-mono, semihumanos, medio animales de la Tierra-? No es la tranquila seguridad interna de quien está convencido de ser superior. ¿Acaso malgasta usted saliva insultando a las lombrices? No, hay algo más oculto bajo esa aparente sensación de superioridad...

»Bien, enfoquemos el problema desde otro ángulo. ¿Cuál puede ser la razón de que los turistas de los Mundos Exteriores se alojen en hoteles especiales, viajen en vehículos herméticamente cerrados y se atengan a leyes no escritas pero terriblemente rígidas que les impiden mantener cualquier clase de relación social con nosotros? ¿Temen la contaminación? En tal caso resulta muy extraño que no teman comer nuestros alimentos, beber nuestro vino y fumar nuestro tabaco...

»Verá, Keilin, en los Mundos Exteriores no hay psiquiatras. Los superhombres son tan estables que no los necesitan.... o al menos eso es lo que dicen ellos. En cambio aquí en la

Tierra.... bueno, decir que tenemos más psiquiatras que fontaneros ya es un tópico, y cada psiquiatra cuenta con una numerosa clientela. De modo que somos nosotros y no ellos quienes sabemos la verdad sobre ese complejo de superioridad de los Mundos Exteriores, los que sabemos que se trata de algo tan simple e irracional como una reacción a un abrumador sentimiento de culpa.

»¿No cree que puede ser eso? Veo que mueve la cabeza como si no estuviera de acuerdo conmigo... ¿No se da cuenta de que un puñado de hombres que se aferran a una Galaxia mientras miles de millones perecen por falta de espacio vital tiene que experimentar una aguda sensación de culpa subconsciente sea cual sea la forma que ésta adopte? Y como no quieren compartir el botín, ¿no comprende que el único recurso que les queda para justificarse consiste en tratar de convencerse de que al fin y al cabo los terrestres somos seres inferiores, de que no merecemos la Galaxia y de que los Mundos Exteriores han creado una raza nueva y de que nosotros sólo somos los restos débiles y enfermizos de una raza ya muy vieja que debería extinguirse igual que los dinosaurios por obra y gracia de las leyes inexorables de la naturaleza?

»Ah, si consiguieran convencerse de eso ya no se sentirían culpables sino única y sencillamente superiores.... pero no ocurre así. Nunca ocurre así. La idea de la superioridad necesita un cultivo constante, una repetición y un esfuerzo que no pueden cesar en ningún momento.... y ni aun así se llega a estar convencido del todo.

»La mejor solución sería poder fingir que la Tierra y su población ni tan siquiera existen. Por lo tanto si visita la Tierra lo que debe hacer es rehuir a los terrestres para que no le causen la incomodidad que le provocaría no verles lo suficientemente inferiores a usted. A veces en lugar de inferiores le parecerían simplemente desdichados y nada más o, peor todavía, incluso podrían parecerle inteligentes.... como lo parecía yo en Aurora, por ejemplo.

»De vez en cuando me encontraba con un habitante de los Mundos Exteriores capaz de reconocer el sentimiento de culpa como lo que era en realidad y que no temía expresarlo en voz alta..., como Moreanu. Moreanu hablaba del deber que los Mundos Exteriores tenían hacia la Tierra, con lo que representaba un peligro para nosotros. ¿Por qué? Porque si los demás le hubiesen escuchado y hubieran ofrecido una ayuda simbólica a la Tierra el sentimiento de culpa habría quedado aliviado incluso si dicha ayuda era esporádica y poco importante. Moreanu fue eliminado mediante nuestras maniobras dejando el camino libre a los inflexibles, los que se negaban a reconocer la culpa y que, en consecuencia, se comportarían de una forma que podía ser predecida y manipulada.

»Por ejemplo, les envías una nota impregnada de arrogancia y ellos responden automáticamente con un embargo inútil que sólo sirve para proporcionarnos el pretexto ideal que nos permite declarar la guerra. Después pierdes la guerra lo más deprisa posible, y los enojados superhombres te aíslan. Se acabó la comunicación, se acabó el contacto... Ya no existes, y ya no les molestas. Muy sencillo, ¿verdad? ¿No le parece que todo ha salido de maravilla?

Keilin por fin se sintió capaz de hablar.

-¿Quiere decir que todo esto había sido planeado de antemano? -preguntó-. ¿Me está diciendo que usted provocó la guerra intencionadamente con el objeto de aislar la Tierra de la Galaxia?

¿Envió a los hombres de la Flota Metropolitana a una muerte segura porque quería que nos derrotaran? En tal caso es usted un.... un monstruo, un...

Moreno frunció el ceño.

-Cálmese, por favor. Ni la cosa fue tan sencilla como se imagina ni yo soy un monstruo. ¿Acaso cree que bastaba con provocar la guerra? Había que alimentarla con delicadeza y cautela de la manera precisa y encaminarla hacia el final adecuado. Si hubiésemos dado el primer paso, si hubiéramos sido los agresores, si de una forma u otra hubiéramos echado la culpa sobre nuestros hombros.... entonces los Mundos Exteriores habrían ocupado la Tierra y se la habrían repartido. Verá, si nosotros hubiéramos cometido un crimen contra ellos ya no se sentirían culpables. Por otra parte si hubiésemos librado una guerra larga o hubiéramos causado grandes daños ya no habrían tenido que cargar con su sensación de culpa.

»Pero no lo hicimos. Nos limitamos a encarcelar a unos cuantos contrabandistas nacidos en Aurora obrando de acuerdo con nuestros derechos. Tuvieron que declararnos la guerra por ese motivo porque era la única forma de proteger su superioridad, que a su vez los protegía contra los horrores de la culpa.... y nosotros per dimos enseguida. Apenas murió ningún aurorano. El sentimiento de culpa se fortaleció, y dio como fruto el tratado de paz que nuestros psiquiatras habían previsto.

»En cuanto a lo de enviar hombres a la muerte es algo que ocurre en todas las guerras ... 1 y era necesario. Había que librar una batalla y, naturalmente, hubo bajas.

-Pero... ¿Por qué? -exclamó Keilin-. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué cree usted que toda esa palabrería tiene algún sentido? ¿Qué hemos ganado, qué beneficios podemos sacar de la situación actual?

-¿Ganar? ¿Me pregunta qué hemos ganado? Pues... Hemos ganado nada menos que el universo. Usted sabe qué necesitaba la Tierra durante todos estos siglos pasados, y usted mismo se lo subrayó muy acertadamente a Cellioni. Necesitamos una sociedad de robots positrónicos y una tecnología nuclear. Necesitamos cultivos químicos y el control de la natalidad. Bien, ¿qué impedía que nos dotáramos de todo eso? Solamente la costumbre de siglos que afirmaba que los robots eran nocivos porque quitaban el trabajo a los seres humanos, que el control de la natalidad significaba asesinar bebés que aún no habían nacido, etcétera. Y lo peor era que siempre existía la válvula de seguridad de la emigración bien realmente permitida, bien como esperanza que no tardaría en ser realidad.

»En cambio ahora no podemos emigrar. Estamos atrapados en la Tierra. Peor todavía, hemos sufrido una derrota a manos de un puñado de hombres de las estrellas y hemos tenido que aceptar un tratado de paz humillante impuesto por la fuerza. ¿Qué terrestre no arderá en deseos de venganza aunque sólo sea subconscientemente? El sentido de conservación se ha doblegado muchas veces bajo ese tremendo afán de---saldarlas cuentas pendientes".

»Y ésta es la segunda parte del Proyecto Pacífico: reconocer el motivo de la revancha. Así de sencillo...

»Pero, ¿cómo sabemos que eso es lo que ocurrirá? Porque se ha demostrado decenas de veces en el transcurso de la historia. Derrota a una nación sin aplastarla por completo y al cabo de una, dos o tres generaciones será más fuerte que antes. ¿Por qué? Porque durante el tiempo

transcurrido el anhelo de hacer posible la revancha la habrá impulsado a unos sacrificios que jamás habría asumido por una simple conquista.

»¡Piénselo! Roma derrotó a Cartago sin grandes dificultades la primera vez, pero la segunda estuvo a punto de ser vencida. Cada vez que Napoleón derrotaba a una coalición de naciones europeas sentaba las bases para que surgiera otra a la que ya le costaba un poquito más derrotar.... hasta que la octava le aplastó a él. Hicieron falta cuatro años para vencer al kaiser Guillermo de la Alemania medieval, y seis años mucho más arduos y peligrosos para detener a Hitler, su sucesor.

»¡Ahí lo tiene! Hasta ahora a la Tierra le bastaba con cambiar de estilo de vida para conseguir más bienestar y que su población llevara una existencia más feliz. Un objetivo secundario como ése podía esperar durante toda la eternidad. En cambio ahora tiene que cambiar para tomarse la revancha, y eso es algo que no admite demoras. Yo quiero el cambio por el cambio mismo, ¿comprende?

»Pero.... pero no soy el hombre indicado para ponerme al frente de ese proceso. Estoy manchado por el fracaso del año pasado, y seguiré estándolo hasta mucho tiempo después de que mis huesos se hayan convertido en polvo y de que la Tierra sepa la verdad. En cambio usted.... usted y otros como usted siempre han luchado en favor de la modernización. Usted tomará las riendas. La tarea puede exigir cien años, y los nietos de hombres que aún no han nacido quizá sean los primeros en verla completada..., pero por lo menos usted habrá visto cómo se iniciaba.

»¿Y bien? ¿Qué me responde?

Keilin estaba acariciando el sueño en su mente. Le parecía ver una Tierra nueva y renacida envuelta en las brumas de la distancia, pero el cambio de actitud era demasiado radical. Aún no podía realizarse, por lo menos no en aquel instante, y Keilin acabó meneando la cabeza.

-Suponiendo que lo que me cuenta sea verdad, ¿qué le hace pensar que los Mundos Exteriores tolerarán ese cambio? -preguntó-. Estoy seguro de que nos vigilarán con mucha atención e irán dándose cuenta de que el peligro aumenta hasta que acaben decidiendo ponerle fin. ¿Va a negármelo?

Moreno echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada silenciosa.

-Pero todavía nos queda la tercera parte del Proyecto Pacífico -dijo después-. La última parte, la más sutil e irónica de las tres...

»Los habitantes de los Mundos Exteriores afirman que los terrestres somos las heces infrahumanas de una gran raza, pero los terrestres somos nosotros. ¿Se da cuenta de 1o que significa esto? Vivimos en un planeta en el que la vida, esta vida que ha culminado
en el género humano, se ha ido adaptando durante mil millones de años. No existe ni un solo fragmento microscópico del hombre ni la más mínima función de su mente que no tenga como razón de ser alguna faceta de la composición física de la Tierra, la composición biológica de otras formas de la vida terrestre o la composición sociológica de la comunidad que le rodea.

»Dada la forma actual del ser humano no existe ningún planeta que pueda sustituir a la Tierra.

»Los habitantes de los Mundos Exteriores existen tal y como son ahora única y exclusivamente porque se trasplantaron unos pedazos de la Tierra a esos planetas. Hemos llevado a ellos tierra de labor, plantas, animales, hombres... Se mantienen rodeados de una geología artificial nacida en la Tierra que contiene,, por ejemplo, los vestigios de cobalto, zinc y cobre que necesita la química humana. Se rodean de bacterias y algas nacidas en la Tierra que poseen la facultad de asimilar los mencionados vestigios inorgánicos de la manera precisa y en la cantidad exacta necesaria.

»Y mantienen esa situación mediante importaciones continuas de la Tierra, lo que ellos llaman importaciones de lujo...

»Pero aun contando con suelo terrestre depositado sobre una capa de roca los Mundos Exteriores no pueden impedir que las lluvias sigan cayendo del cielo y que los ríos sigan corriendo en sus cauces, por lo que se produce una mezcla inevitable si bien muy lenta con el suelo indígena; una inevitable contaminación de las bacterias del suelo terrestre con las bacterias indígenas y, en todo caso, la exposición a una atmósfera y unas radiaciones solares distintas. Y las bacterias terrestres desaparecen o cambian, y entonces cambia la vida vegetal, y luego cambia la vida animal...

»No se trata de un cambio brusco, claro. La vida vegetal no se volverá venenosa o no nutritiva en un día, un año o un decenio... Pero los habitantes de los Mundos Exteriores ya notan la falta o el cambio producido en esos vestigios de compuestos que producen esos elementos tan tremendamente escurridizos y difíciles de definir a los que llamamos "aroma" o "sabor". El cambio ya ha recorrido un cierto camino.

»Pero llegará más lejos. Por ejemplo ¿sabe que en Aurora el protoplasma de la mitad de las especies de bacterias indígenas se

basa en la química de los fluorocarbonos y no en la de los hidratos de carbono? ¿Puede imaginarse lo profundamente ajeno al ser humano que resulta semejante entorno?

»Bien, pues los bacteriólogos y fisiólogos de la Tierra llevan dos decenios estudiando varias formas de vida de los Mundos Exteriores y ésa es la única parte del Proyecto Pacífico que ha permanecido realmente secreta. Eso nos ha revelado que la vida terrestre trasplantada a los Mundos Exteriores ya empieza a mostrar ciertos cambios a nivel subcelular..., incluso entre los seres humanos.

»Y ahí está lo terriblemente irónico de todo el asunto. Los habitantes de los Mundos Exteriores eliminan inexorablemente todo bebé que presente signos de adaptación al planeta en el que ha nacido y que se aparte en algún aspecto de la norma general porque así se lo exigen sus rígidos principios racistas y su inflexible política genética. Sostienen un criterio artificial de humanidad "sana" fundado en la química terrestre y no en la suya propia, y deben hacerlo como resultado ineludible de sus procesos mentales.

»Pero ahora que han interrumpido todo contacto con la Tierra, ahora que no les llegará ni un átomo de suelo y de vida terrestres más.... un cambio irá acumulándose sobre otro. Las enfermedades harán su aparición, la mortalidad aumentará, las anormalidades infantiles se irán haciendo más frecuentes...

-¿Y después? -preguntó Keilin sintiendo un repentino interés.

-¿Después? Bueno, la especialidad de los Mundos Exteriores es la física..., y sus habitantes dejan las ciencias inferiores como la biología en nuestras manos. Pero no pueden desprenderse de su sentimiento de superioridad ni de su modelo arbitrario de perfección humana. No descubrirán el cambio hasta que ya sea demasiado tarde para combatirlo. No todas las mutaciones son claramente visibles, y el resultado será que se producirá una rebelión cada vez más intensa contra las normas de las rígidas sociedades de los Mundos Exteriores. Llegará un siglo de rebelión física y moral que impedirá toda interferencia suya en nuestros planes.

»Dispondremos de un siglo para reconstruir y revitalizar nuestra sociedad, y al final de ese período nos enfrentaremos a unos Mundos Exteriores agonizantes o transformados. En el primer caso edificaremos un segundo Imperio Terrestre obrando con más sabiduría que la primera vez, un Imperio que se base en una Tierra fuerte y modernizada...

»En el segundo caso nos enfrentaremos con diez, veinte o quizá los cincuenta Mundos Exteriores y con una variedad de ser humano ligeramente distinta en cada uno. Cincuenta especies humanoides que ya no estarán unidas contra nosotros, cada una más y más adaptada a su propio planeta, cada una con la suficiente tendencia al atavismo de amar a la Tierra, de verla como la primera y gran Madre de todos los seres humanos...

»Y el racismo habrá muerto porque la característica fundamental del género humano será la variedad en vez de la uniformidad. Cada especie de hombre tendrá su mundo, que no podrá ser sustituido por ningún otro y al que no se adaptaría ninguna otra; y se podrán colonizar más mundos en los que originar nuevas variedades de ser humano hasta que la Madre Tierra pueda tomar toda esa gran mezcla intelectual y hacer nacer de ella no un Imperio Terrestre sino un Imperio Galáctico.

-Lo prevé todo con tal seguridad... -murmuró Keilin sintiéndose fascinado por aquellas palabras.

-Nada es totalmente seguro, pero las mentes más eminentes de la Tierra están de acuerdo en esto. Cuando la humanidad recorra ese camino puede que vea surgir obstáculos en los que quizá tropiece, pero apartarlos será la gran aventura cuyo final conocerán nuestros tataranietos. En cuanto a nuestra aventura una fase de ella ya ha concluido felizmente, y se está iniciando otra. únase a nosotros, Keilin.

Y Keilin empezó a pensar que después de todo Moreno quizá no era el monstruo que le había parecido en un principio...